

La obra cumplida
Meditaciones acerca de la muerte de nuestro Señor Jesucristo
Autor: F. von Kietzell

Entre las escenas descritas en la Palabra de Dios no hay otras más conmovedoras que las que exponen los sufrimientos y la muerte del Señor Jesús. Pero tales escenas nos introducen en un terreno santo, en el que debemos entrar con los pies descalzos. Por otra parte, nos resulta difícil sondear las profundidades de este tema, como lo fue también para los discípulos.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prólogo	3
De Betania a Getsemaní	4
Judas Iscariote, el que entregó a Jesús	10
El interrogatorio nocturno	17
“Me negarás tres veces”	24
El oprobio de los hombres y el despreciado del pueblo.....	29
El fin del traidor	32
Pilato.....	35
Herodes.....	39
¿Barrabás o Jesús?	42
“He aquí el hombre”	47
“¡He aquí vuestro Rey!”	52
“Fuera del campamento”	56
“Crucificado en debilidad”	58
“Padre, perdónalos”	63
“Sálvate a ti mismo”	66
La conversión del ladrón	69
“He ahí tu madre”	73
“He aquí el Cordero de Dios”	77
“Consumado es”	83
Cántico: Voz de amor	89

Prólogo

Entre las escenas descritas en la Palabra de Dios no hay otras más conmovedoras que las que exponen los sufrimientos y la muerte del Señor Jesús. Pero tales escenas nos introducen en un terreno santo, en el que debemos entrar con los pies descalzos. Por otra parte, nos resulta difícil sondear las profundidades de este tema, como lo fue también para los discípulos. En cuanto a estos, leemos que, cuando el Señor les anunció que se cumplirían todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre, “ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía” (Lucas 18:34; Marcos 9:32). Sin embargo, ¡con qué exactitud les había comunicado:

“ El Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte... le azotarán, y escupirán en él, y le matarán!
(Marcos 10:33-34).

¡Qué precisa era esa impresionante descripción! En tres ocasiones les anunció así a los doce “su partida” (su muerte), que iba “a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:31).

De Betania a Getsemaní

Tanto Mateo 25, como Marcos 13 y Lucas 21, describen el final del ministerio público del Señor Jesús; y desde los capítulos siguientes el Espíritu Santo relata los sufrimientos que el Señor soportó durante el último período de su vida terrenal. A la hora en que los principales sacerdotes y los ancianos, reunidos en consejo secreto, decidieron “prender con engaño a Jesús, y matarle”, el Señor, habiendo acabado “todas estas palabras”, anunció por última vez a los discípulos lo que le iba a suceder: “Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado” (Mateo 26:1-5, 14-16; Marcos 14:1-2, 10-11; Lucas 22:1-6; Juan 11:45-57).

¿Comprendieron sus discípulos esas palabras? ¿Entendieron claramente lo que su amado Maestro iba a sufrir? El comportamiento que manifestaron nos obliga a responder negativamente a estas preguntas. En tales circunstancias, fue una mujer la que tuvo el privilegio de expresar los sentimientos convenientes respecto al Señor. Para revelárnoslo, el Espíritu Santo nos expone la escena que se presentó en Betania, cuando “le hicieron allí una cena” (Juan 12:1-8).

En tal escena vemos, por tercera vez, a María a los pies de Jesús –como cada vez que la hallamos en su presencia (Lucas 10:39; Juan 11:32; 12:3)– lo que expresa los santos afectos que sentía por Él y que llenaban su corazón. Ella ungió al Señor con un “perfume de nardo puro, de mucho precio” y le enjugó los pies con sus cabellos, los cuales son la gloria de la mujer. “Y la casa se llenó del olor del perfume”. Mediante este acto único, María expresó a Jesús la profunda simpatía y comprensión que siente un corazón lleno de amor, mientras que los discípulos consideraron que aquello era un “desperdicio” (Mateo 26:8).

Un día, María había “escogido la buena parte” y había escuchado la palabra del Señor. Este hecho hizo que ella tuviese una mayor capacidad que los discípulos para percibir por adelantado cuál sería la parte de Aquel a quien amaba ardientemente. Ella discernía, con mayor claridad que todos los demás, las sombrías nubes de odio que se cernían, cada vez más amenazantes, sobre Su cabeza. Por eso sentía el deseo de testimoniarle su simpatía y afecto.

Pero, ¿qué podía hacer esta mujer débil? Ella tomó lo más precioso que tenía, un vaso de alabastro, para quebrarlo y derramar el perfume sobre la cabeza y los pies de Jesús, tal como lo hallamos en el relato de Mateo 26:6-13 y Marcos 14:3-9. Así le rindió el homenaje que le era debido como rey de Israel, como siervo de Dios y como Hijo unigénito del Padre, en el momento en que, mediante el Espíritu eterno, Él iba a ofrecerse “a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14).

El Señor dijo: “Esta mujer... al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura” (Mateo 26:10-12) . Tal es el significado que Él atribuyó a ese acto, cuando se interpuso entre María y los discípulos que la censuraban. El Señor proclamó solemnemente que este acto jamás caería en el olvido, lo que demuestra el gran valor que Él le asignó.

Así como Jonatán, que mientras perseguía al enemigo mojó la punta de una vara en un panal de miel para gustar un poco de ella, “y fueron aclarados sus ojos” (1 Samuel 14:27), así también, ¡y cuánto más!, nuestro amado Salvador gustó en esa circunstancia un refrigerio que ya ningún hombre –excepto, sin embargo, el malhechor en la cruz– le podría dar durante las dolorosas horas que iba a atravesar.

Llegó “el primer día de la fiesta de los panes sin levadura”. Al caer la noche, Jesús se sentó a la mesa con los doce para celebrar la pascua (Mateo 26:17-20; Marcos 14:12-18; Lucas 22:7-18). Entonces les dijo: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!”. Antes de que el Hijo del hombre, el heredero de todas las cosas, fuese rechazado definitivamente, antes de que las olas del odio del hombre se abatiesen sobre la cabeza del Santo y del Justo, antes de que el verdadero Cordero pascual diese su vida y fuese vertida su sangre, el deseo de su corazón era estar reunido una vez más con el débil remanente de su pueblo, según la perfecta ordenanza instituida por Dios (Mateo 26:21-25, 31-35; Marcos 14:18-21, 27-31; Lucas 22:21-38; Juan 13:18-30, 36-38).

Sin embargo, esta escena, esta despedida tan solemne, fue ensombrecida por muchas razones que causaban tristeza. No solamente por lo que hizo Judas, el traidor, quien, sobornado por los principales sacerdotes y poseído completamente por su siniestro propósito, se hundió en la noche para llevarlo a cabo, sino también por los discípulos que discutían entre sí “sobre quién de ellos sería el mayor” (Lucas 22:24). Y, finalmente, por Simón Pedro, quien afirmaba osadamente que estaba dispuesto a ir a la cárcel y a la muerte con su Señor, pero que esa misma noche llegaría a negarlo tres veces.

Aunque sintió todo esto con una intensidad infinitamente mayor que lo que nosotros podríamos percibir, el Señor no retrocedió, pues

“ como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin
(Juan 13:1-17).

Durante la cena el Señor Jesús les enseñó, a través del símbolo del lavamiento de los pies, que siempre estaría dispuesto a socorrer a los suyos mediante el poder purificador de su Palabra. Después de la cena les confió un legado particularmente precioso (Mateo 26:26-30; Marcos 14:22-26; Lucas 22:19-20).

Él sabía que nuestros corazones son muy olvidadizos y también que, desgraciadamente, nuestro espíritu solo retiene fugitivas impresiones de la escena tan conmovedora de sus sufrimientos y de su muerte. Por eso instituyó, para beneficio nuestro, **su** cena, la **cena del Señor**: el pan y el vino, símbolos de su cuerpo y de su sangre, de su cuerpo dado por nosotros y de su sangre vertida por nosotros; símbolos del Cristo que murió por nosotros, del Cristo que glorificó perfectamente al Padre y satisfizo para siempre al Dios santo.

El deseo del Señor:

Haced esto en memoria de mí



(Lucas 22:19),

deseo que luego confirmó desde lo alto, de los cielos (1 Corintios 11:24-25), ¿no debería hallar una respuesta más ferviente en todos nosotros, en lo profundo de nuestro corazón?

Cantaron un himno y luego salieron a la oscuridad de la noche (Mateo 26:30). Entonces Él “se fue, como solía, al monte de los Olivos” (Lucas 22:39). Pero esta vez, las palabras que dirigió a los discípulos fueron palabras de despedida: “No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Juan 14:1, 27). ¡Qué solicitud! Él tenía muchos motivos para preocuparse solo por sí mismo; pero lo vemos consolando, alentando y enseñando a los once. Les habló de las “muchas moradas” en la casa de su Padre, y del camino que conduce allí (Juan 14). Luego les habló sobre la relación tan tierna e íntima entre ellos, los pámpanos, y Él, la verdadera vid (Juan 15).

Pero ellos prosiguieron su camino en la noche, dejando lejos, a sus espaldas, la ciudad santa. Entonces el Señor les anunció que las sombras del antiguo pacto iban a desaparecer para ellos y que pronto vendría otro Consolador, el Espíritu Santo, el cual los guiaría “a toda la verdad” y los introduciría en una nueva relación con el Padre (Juan 16). Luego, levantando los ojos al cielo, pronunció la oración que hallamos en Juan 17. Así devolvió al Padre, en alguna medida, a aquellos a quienes este le había dado del mundo, a fin de que el Padre los guardase hasta el fin, en medio del “presente siglo malo”. Y terminó su oración con una declaración –preciosa entre todas– que solo él, el Hijo, tenía el derecho de dirigir a su Padre:

“ Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria... (Juan 17:24).

“Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos” (Juan 18:1; Mateo 26:36-46; Marcos 14:32-42; Lucas 22:39-46).

Mil años antes, David subía por ese mismo camino, es decir, por la cuesta de los Olivos, embargado de tristeza, pensando en todo lo que dejaba tras él (2 Samuel 15:23-30). Pero si el rey David se vio obligado a tomar ese camino fue a causa de su propio pecado y del castigo que merecía, mientras que el Hijo de David, nuestro Señor, se introdujo en tal senda, escogiéndola voluntariamente, para poder cargar “el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6).

Allí, en las tinieblas de “la noche que fue entregado”, en el “lugar que se llama Getsemaní”, se le permitió a Satanás –quien se había apartado de Jesús por un tiempo (Lucas 4:13)– acercarse a Él por segunda y última vez. La sombra de la cruz ya se proyectaba sobre el camino de Jesús, y la copa que había venido a beber en este mundo, la amarga copa de la ira de Dios, quien ejercía así un justo juicio contra el pecado, le era presentada por el Padre.

Frente a Él se levantaba la cruz sobre la cual, durante tres tenebrosas horas, llevaría “nuestros pecados en su cuerpo” (1 Pedro 2:24), y donde Aquel que no había conocido pecado, sería hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). ¿Era posible que su santa alma no se estremeciese de horror en el momento en que Satanás colocaba ante él los terrores de la muerte, de la “partida que iba Jesús a cumplir en Jerusalén”?

Podemos contemplar allí al Hombre Cristo Jesús, quien manifestaba así la divina perfección de su total obediencia. Mientras avanzaba en el camino donde había entrado para cumplir los designios de Dios, sentía cada vez más el horror de lo que le esperaba y, cuanto más avanzaba, tanto más crecía este sentimiento en su corazón, por lo cual leemos: “Y comenzó a atemorizarse, y a angustiarse en gran manera” (Marcos 14:33; V. M.). Entonces Jesús dijo a sus discípulos:

“ Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo (Mateo 26:38).

Les pedía que se compadeciesen de Él y esperaba que se manifestaran como “consoladores” (Salmo 69:20), pues tenía derecho a ello; pero Jesús conocía la amargura que le esperaba. Su fuerza procedía únicamente de lo alto, del Padre.

Jesús entró en la profundidad del huerto. Previamente había tomado consigo a sus discípulos más íntimos, a Pedro, a Jacobo y a Juan. Pero pronto los dejó. “Él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra” (Lucas 22:41) y allí, totalmente aislado, “puesto de rodillas”, “se postró en tierra”; incluso leemos que “se postró sobre su rostro” (Marcos 14:35; Mateo 26:39). Entonces ofreció “ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte” (Hebreos 5:7).

A lo largo de todo su camino –excluidas solo las tres horas de tinieblas en la cruz– el cielo estuvo abierto sobre Él, y los ángeles de Dios subían y descendían sobre el Hijo del hombre (Juan 1:51). Así fue también en esta solemne circunstancia: “Se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle” (Lucas 22:43). No olvidemos que su amor para con nosotros fue el motivo por el cual estuvo allí “en agonía”, orando “intensamente”, hasta el punto de que era “su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44).

Pero la oración que dirigió a su Padre es aún más conmovedora que esta escena en sí misma. ¿No había otra salida? “Oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora” (Marcos 14:35). ¿No le eran posibles todas las cosas al Padre? “Abba, Padre –esta es la única vez que oímos al Señor usando esta expresión tan íntima–, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa” (Marcos 14:36). “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa” (Mateo 26:39).

Pero Él sabía, mejor que nadie, que justamente esto no le era posible al Padre si quería salvar a los pecadores y cumplir sus designios eternos. Por eso el Señor Jesús añade estas palabras que expresan su entera sumisión:

“ Pero no sea como yo quiero, sino como tú... Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad (Mateo 26:39, 42).

Aun en esta circunstancia, la única en que su voluntad, aparentemente, difería de la del Padre, se sometió completamente; de modo que fue “oído a causa de su temor reverente” (Hebreos 5:7). Él salió victorioso de ese doloroso combate.

Mientras sus discípulos estaban “durmiendo a causa de la tristeza” (Lucas 22:45), Él se levantó de su oración y, con perfecta paz, avanzó para beber hasta los sedimentos la copa que acababa de recibir de la mano del Padre.

Judas Iscariote, el que entregó a Jesús

En los tres primeros evangelios, el relato de los acontecimientos que consideraremos en esta meditación comienza con estas palabras: “Mientras él aún hablaba”. El Señor, en su infatigable gracia, asistía a los suyos; entre tanto el que iba a entregarlo, “Judas, uno de los doce”, se acercaba en medio de las tinieblas.

En la Palabra, el Espíritu Santo asigna un lugar muy especial a la traición de Judas. Ningún otro momento de la vida del Señor en este mundo nos es relatado con tantos detalles como el de esa noche. Cuando quiere mencionarla en pocas palabras, el Espíritu la llama “la noche que [el Señor Jesús] fue entregado” (1 Corintios 11:23). En los evangelios, cada vez que se menciona el nombre de Judas se hace alusión a su traición: “Judas Iscariote, el que también le entregó” (Mateo 10:4, etc.). ¡Qué acto infame!

“ El Hijo del hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido (Mateo 26:24).

Los hombres han intentado analizar la personalidad de Judas, han tratado de explicar el estado en que se encontraba su alma, así como sus móviles y su dramático fin, pero no han logrado hacerlo de manera satisfactoria. Sin embargo, para aquel que tiene un “ojo bueno” (o simple, que no tiene visión doble), todo esto le resulta claro, aunque colmado de serias advertencias. Judas ofrece un cuadro del estado vergonzoso en que puede caer el hombre. Si las Escrituras no nos presentaran ese cuadro, ignoraríamos a qué extremos puede llegar el hombre en su infamia.

Se puede haber hecho lo que se describe en Mateo 7:21-22: “Profetizamos en tu nombre”; “en tu nombre hemos echado demonios” e “hicimos muchos milagros” (y Judas debe de haberlos hecho, ya que él era uno de los doce, a quienes Jesús había enviado para sanar y predicar).

Se puede tener una “lámpara”, es decir, un testimonio exterior, se puede ser de aquellos que han “comido y bebido” delante de Él (Mateo 25:1-13; Lucas 13:25-27), uno puede haberse sentado a Sus pies, y, no obstante, encontrarse **fuera** cuando la puerta sea cerrada y se escuche la terrible declaración: “Nunca os conocí; apartaos de mí...” (Mateo 7:23). Se puede caminar con la luz que vino al mundo y, sin embargo, no venir a la luz, porque se ama más las tinieblas que la luz, pues las obras son malas y se teme que ellas sean reprendidas (Juan 3:19-21).

Judas no estaba “limpio” (Juan 13:11); su corazón, cada vez más invadido por el amor al dinero, jamás se había quebrantado. Se había convertido en un ladrón (Juan 12:4-6) y, en esa resbaladiza pendiente, fue arrastrado cada vez más lejos, hasta que el diablo puso en su corazón el audaz propósito de cometer la más horrible traición que un hombre haya urdido jamás, hasta que “Satanás entró en él” y fue endurecido irremediabilmente (Mateo 26:15; Juan 13:2, 27; Lucas 22:3).

Los hombres pueden haberse engañado respecto al real estado de su corazón, pero el Señor conocía a su discípulo “desde el principio” y había dicho de él: “Uno de vosotros es diablo”; Judas era “el hijo de perdición” (Juan 6:64, 70-71; 17:12). Comprendemos por qué el Señor Jesús “se conmovió en espíritu cuando, reunido por última vez con los doce, debió declararles solemnemente: “De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar” (Juan 13:21).

Así, aquel que era contado entre los apóstoles y tenía parte en ese ministerio, aquel que había estado con ellos todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre ellos (Hechos 1:17-21), aquel que comía pan con Él y cuya mano estaba en la mesa con Él (Juan 13:18; Lucas 22:21), se convirtió en el “guía de los que prendieron a Jesús” (Hechos 1:16). Leemos: “Vino Judas... y con él mucha gente con espadas y palos”, y Judas “iba al frente de ellos” (Mateo 26:47; Lucas 22:47). Tampoco faltaban las “linternas y antorchas” (Juan 18:3), porque el traidor había pensado en todo y había preparado su acto pensando hasta en los menores detalles.

¡Ay, de qué manera su corazón lleno de perfidia supo buscar la ocasión para entregarlo en un momento oportuno! (Marcos 14:11). ¡Con qué habilidad escogió el huerto de Getsemaní, lugar que conocía bien, “porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos”! (Juan 18:2). ¿Se despertaría en su corazón algún recuerdo de ese pasado tan cercano? ¿Sería un poco consciente del horror de su acto? Desgraciadamente, su corazón había llegado a ser demasiado insensible para detenerlo en esa pendiente fatal. Lo único que Dios podía hacer –si nos atrevemos a expresarnos así– era servirse de él para cumplir Sus propios designios.

Jesús había dicho a Judas: “Lo que vas a hacer, hazlo más pronto” (Juan 13:27). Desde entonces vemos que Judas, lleno de una energía feroz, siguió hasta el fin el camino de perdición que Satanás abría delante de él. Habiendo recibido el bocado, “salió **al instante**” buscando la oscura complicidad de la noche. “Y **al momento**, mientras él (Jesús) todavía estaba hablando”, Judas llegó al frente de sus acompañantes. “Y **en seguida** se acercó a Jesús y dijo: ¡Salve, Maestro! y le besó” (Juan 13:30 V. M.; Marcos 14:43 V. M.; Mateo 26:49).

“Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ese es; prendedle, y llevadle con seguridad” (Marcos 14:44). ¿No habría podido valerse de otra señal? Desgraciadamente, él creía que podía engañar a Aquel que “discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). ¿Habrá temido que el Señor, quien poseía todo el poder, hiciera fracasar la violencia que los malvados habían intentado usar contra Él? ¿No había logrado Jesús escapar siempre de sus adversarios?

Lo cierto es que el Señor sentía profundamente el bien o el mal que se le hacía. Por eso Él había tenido que decir a Simón:

“ No me diste beso; mas esta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies (Lucas 7:38, 45).

La indiferencia del fariseo, así como el ardiente amor de la pecadora, lo habían conmovido hasta lo más profundo de su alma. ¡Cuánto más vivo aún fue su sufrimiento en Getsemaní donde, en la persona de Judas, el hombre manifestó toda su infamia!

En una tercera ocasión, la Palabra se sirve de la misma expresión para designar las manifestaciones de amor y de perdón del padre respecto al hijo pródigo que volvió de la “provincia apartada”. Leemos: “Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le **besó** (o lo **cubrió de besos**)” (Lucas 15:20). Por un lado, tenemos al hombre y, por otro, a Dios.

Jesús, usando la espada de dos filos de su palabra, había intentado muchas veces tocar la conciencia de Judas. Las “heridas del que ama” habían sido “fieles”, pero “los besos del que aborrece” habían venido a ser “importunos” para Jesús (Proverbios 27:6). Una última vez, lleno de amor por el pobre discípulo, Jesús se dirigió a su corazón y a su conciencia: “Amigo, ¿a qué vienes?” (Mateo 26:50). “Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?” (Lucas 22:48). Estas preguntas demuestran también cuán dolorosamente sentía Jesús, en su sensible corazón, la traición de su discípulo.

Consideremos ahora los hechos tales como Juan los relata. Él se coloca en un punto cuya perspectiva es diferente de la que nos brindan los otros evangelistas. También en el evangelio de Juan vemos que Judas toma “una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos” (cap. 18:3), pero el traidor no los precede: “Y estaba también con ellos Judas” (cap. 18:5). El **Señor** lo previó –lo cual está en conformidad con el carácter de este evangelio–,

porque sabía “todas las cosas que le habían de sobrevenir”. Se adelantó Jesús, pues, para encontrarse con sus enemigos y les preguntó: “¿A quién buscáis?”, ante lo cual solo atinaron a responder: “A Jesús nazareno”. Jesús les dijo: “Yo soy”. Él hablaba “como quien tiene autoridad”, por lo cual leemos también: “Con la palabra echó fuera a los demonios” (Mateo 7:29; 8:16). “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:46). Con una sola palabra hizo retroceder y caer a tierra a sus enemigos (Juan 18:6). Él habría podido pasar por en medio de ellos e irse, tal como un día lo había hecho en la escarpada cumbre del monte de Nazaret (Lucas 4:29-30); pero permaneció allí, perfectamente sereno, defendiendo a sus amados discípulos, y se entregó voluntariamente a sus enemigos: “Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a estos” (Juan 18:8).

La fe discierne, en estas pocas palabras, toda la obra de la salvación, como también la profundidad del amor y de la abnegación de Aquel que la cumplió. “El asalariado... deja las ovejas y huye”, mientras que

el buen pastor su vida da por las ovejas



(Juan 10:11-12).

Él sacrificó su propia libertad a fin de “poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4:18). Y después, “subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad” (Efesios 4:8). Habiendo sido llamado a glorificar a Dios de esta manera, ¿cómo no habría de beber la copa que el Padre le había dado?

“Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y le prendieron” (Mateo 26:50). Por primera vez el hombre puso su mano sobre el Señor Jesús, exceptuando quizá la escena de Nazaret, cuando “le echaron fuera de la ciudad” (Lucas 4:29). Hasta ese momento “ninguno le echó mano”, “nadie le prendió”, “él se escapó de sus manos” (Juan 7:30, 44; 8:20; 10:39). Pero ahora Dios permitía que el mal tomase libre curso, pues, para Jesús, “su hora había llegado” (Juan 13:1).

Toda la locura de la carne se manifiesta en el gesto de Simón Pedro, “que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha” (Juan 18:10). Sin duda obró de esa manera por amor a su Señor, pero no solo él tuvo tales pensamientos, pues en Lucas 22:49 leemos: “Viendo los que estaban con él lo que había de acontecer, le dijeron: Señor, ¿heriremos a espada?”. En otra ocasión, algunos discípulos habían preguntado a Jesús: “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo... y los consuma?”. En estas dos circunstancias ellos manifestaban que no sabían de qué espíritu estaban animados (véase Lucas 9:54-55).

El hecho de que dos discípulos tuviesen espadas es ya algo muy sorprendente (Lucas 22:38). Desgraciadamente, en todas las épocas de la historia de la Iglesia cristiana se levantaron algunos que, invocando el nombre de Cristo, «tomaron la espada», tanto en el sentido literal del término como en su sentido figurado, y frustraron así el espíritu que manifestó Aquel que es “manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29). ¡Con qué dulzura enseñó a sus discípulos, aun en ese momento: “Basta ya; dejad”. “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán”! (Lucas 22:51; Mateo 26:52). La historia y la experiencia confirman la veracidad de estas palabras.

Además, el intento de enfrentar con dos espadas a los soldados del tribuno era una locura. Por otro lado, Pedro manifestó una gran torpeza al emplear su arma. Pero en medio de la confusión general, el Señor halló el tiempo para reparar los efectos del irreflexivo acto de su discípulo. Por última vez, Él extendió su compasiva mano para hacer bienes y sanar (Hechos 10:38) .

Finalmente, el acto de Pedro era una locura, porque rebajaba a Cristo al nivel de un hombre que necesitaba protección y, de ese modo, lo despojaba de su gloria divina. Esta había permanecido oculta frente a los hombres, pero fue plenamente revelada a Pedro (Mateo 16:16; 17:1-7).

No era, pues, asunto de los apóstoles garantizar la protección de Jesús –¿no lo había traicionado uno de ellos?– ya que a él le habría bastado orar a su Padre para obtener la intervención invencible de “más de doce legiones de ángeles” y de “una multitud de las huestes celestiales” (Mateo 26:53; Lucas 2:13). Y, ¿no era “Jehová de los ejércitos, el Fuerte de Israel”, quien había dicho: “Tomaré satisfacción de mis enemigos, me vengaré de mis adversarios”? (Isaías 1:24).

Pero la hora del juicio y de la venganza aún no había sonado. El Señor se encontraba en medio de los hombres, manifestando su **gracia**, a fin de cumplir la obra necesaria para la redención de ellos. Por eso era “necesario que así” se hiciera (Mateo 26:54). Cuando el Señor Jesús descienda por segunda vez a la tierra ya no lo hará para manifestar su gracia, sino que vendrá para juicio; no en su humillación, sino “en su gloria, y todos los santos ángeles con él” (Mateo 25:31).

En la escena que estamos considerando, vemos al Señor en su humillación y su oprobio; sin embargo, elevado por encima de todo lo que lo rodeaba. Él no se preocupó por sí mismo, sino por Judas, luego por los suyos, por Pedro, por Malco y, finalmente, se dirigió con soberana dignidad a los que venían a prenderlo, poniendo en evidencia la infamia de la conducta de esa gente:

“ ¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme?
(Mateo 26:55).

Esas armas daban testimonio de la malvada conciencia que tenían. Él había estado todos los días entre ellos, enseñándoles en el templo (Lucas 21:37-38). ¿Habría sido tan difícil prenderlo en esos momentos? Ciertamente que si ellos finalmente lo aprehendían, no era gracias a las armas que tenían, sino para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas (Mateo 26:56). Su hora había llegado; pero era también la hora de ellos y el poder de las tinieblas (Lucas 22:53), es decir, el hombre y Satanás unidos contra Dios. Sin embargo, la aparente victoria que ellos obtuvieron entonces, pronto se transformaría en una humillante derrota.

“Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron” (Mateo 26:56). Todos ellos “se escandalizaban de él”, tal como Jesús mismo se los había anunciado, pues no podían comprender lo que él iba a cumplir. Sus amigos y compañeros se alejaron de Él, las ovejas del rebaño fueron dispersadas y dejaron solo al Pastor, contra quien se levantó la espada (véase Salmo 88:18; Mateo 26:31; Zacarías 13:7).

No podía ser de otra manera. Cuando el pueblo de Israel entró en Canaán, entre el arca (figura de Cristo) y el pueblo debía mantenerse una distancia de alrededor de dos mil codos. “Marcharéis en pos de ella, a fin de que sepáis el camino por donde habéis de ir... No os acercaréis a ella”. ¿Cuál era ese camino? Ese camino llevaba a atravesar el Jordán, del cual leemos que “suele desbordarse por todas sus orillas”, un camino por el que ningún hombre había pasado antes.

El arca debía abrir el río Jordán **delante** del pueblo (véase Josué 3:3-4, 6-15). Son numerosos los que, ciegos en cuanto a su propio estado pecaminoso, se esfuerzan por pasar el Jordán y por entrar en la tierra prometida sin el arca, es decir, se esfuerzan intentando ir al cielo sin el Salvador. ¡Qué funesto error! Serán tragados para siempre por el raudal del “Jordán”. Su parte será permanecer separados de Dios eternamente –“la muerte segunda” (Apocalipsis 20:14)– porque creen que les será posible aparecer en Su santa presencia sin estar limpios de su estado pecaminoso.

El Señor había dicho a Pedro: “A donde yo voy, no me puedes seguir ahora” (Juan 13:36). Solo aquel que reconoce que el hombre natural se encuentra en un estado de perdición y ruina completas, puede comprender estas palabras. Era lo que le faltaba a Pedro y a los demás discípulos.

Por eso también leemos que “cierto joven”, quien había querido seguir a Jesús, tuvo que huir lleno de vergüenza, dejando la “sábana”, de la cual sin duda se servía para permanecer en su miseria y desnudez absolutas (Marcos 14:52).

¿Qué sucedió con el Señor? “Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron” (Juan 18:12). De este modo, a esas manos que por todas partes habían hecho bienes tras bienes, los hombres solo les ofrecieron ataduras infames y, unas horas más tarde, dolorosos clavos.

El interrogatorio nocturno

El Señor tuvo que soportar seis interrogatorios consecutivos, a saber:

1. Ante los principales sacerdotes. Juan 18:12-24.
2. Interrogatorio nocturno ante el concilio o sanedrín (los principales sacerdotes “buscaban falso testimonio contra Jesús”). Mateo 26:57-66; Marcos 14:53-64.
3. Sesión del sanedrín al amanecer (los principales sacerdotes “entraron en consejo contra Jesús”), descrito solamente en Lucas 22:66-71; mencionado en Mateo 27:1 y en Marcos 15:1.
4. Ante Pilato. Mateo 27:11-14; Marcos 15:2-5; Juan 18:28-38.
5. Ante Herodes. Lucas 23:8-12.
6. Por segunda vez ante Pilato. Mateo 27:15-26; Marcos 15:6-15; Lucas 23:13-25; Juan 18:38 a 19:16.

Nosotros podemos comprender solo de manera imperfecta el alcance de un proceso tan insólito y, probablemente, único en los anales del mundo. Los primeros cristianos aún estaban embarcados por la emoción que estos eventos habían producido en ellos, cuando “alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron:... Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel”. Sí,

“ se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo (Hechos 4:24-31).

Desde el punto de vista humano, Aquel que comparecía delante de tales jueces no tenía ninguna posibilidad de escapar de la condena. Sin embargo, leemos que el amotinamiento de las gentes (cap. 4:25) solo desemboca en una victoria falaz y que “los pueblos piensan cosas vanas”. Efectivamente, ¿para qué se habían reunido? “Para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera”. Pero esto no atenúa en nada la responsabilidad del hombre y, en particular, la del pueblo de Israel.

Cuando el Señor vino a esta tierra, ya entonces “el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él”. También entonces se reunieron contra él “todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo” (Mateo 2:3-4). La oposición y el creciente odio que manifestaban fueron los móviles constantes de las artimañas que usaron contra Cristo durante toda su vida.

Poco antes de su crucifixión, ese odio alcanzó su paroxismo, pero ya a partir del momento en que ellos creyeron tenerlo completamente en su poder, tal odio los impulsó a obrar sin ninguna tregua ni descanso.

Después de su arresto, el Señor fue llevado primeramente ante Anás, quien lo envió rápidamente a Caifás, “que era sumo sacerdote aquel año ”(Juan 18:12-24).

En el evangelio según Juan vemos al Señor ante estos dos hombres solamente, y no ante todo el sanedrín. Ellos, y sobre todo Caifás, son los responsables de su condenación (Juan 19:11). Caifás ya es mencionado en Juan 11.

Al resucitar a Lázaro, el Señor se había revelado de manera evidente como el Hijo de Dios, por lo que muchos de los judíos creyeron en él (Juan 11:45). Entonces Caifás, barriendo todas las vacilaciones de su comitiva, se puso al frente de ella y exigió la muerte de Jesús, esgrimiendo razones de interés nacional. Él fue el instigador de la muerte del Señor, pues “desde aquel día acordaron matarle” (Juan 11:51-53; 18:14).

¡Pobre hombre! ¡Le declaraba la guerra a Dios! Esto iba a costarle caro ya en la tierra, pues tuvo que desembolsar “mucho dinero” (Mateo 28:11-15) y mentir para mantener ante los ojos del pueblo la apariencia de un éxito. Su nombre se menciona nuevamente entre los perseguidores de los primeros cristianos (Hechos 4:6). ¡Qué aterradora cosecha habrá recogido de su propia siembra !

“Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina” (Juan 18:19). Fue una pregunta meramente formalista. Quizá Caifás quería instruir el proceso a fondo –de ahí la pregunta concerniente a los discípulos– y establecer contra Jesús fiscales acusadores que le permitieran alcanzar con mayor seguridad el objetivo que se había propuesto desde hacía largo tiempo.

Pero el buen Pastor no estaba dispuesto, de ninguna manera, a entregar ni a la menor de sus ovejas al lobo. En cuanto a su doctrina, Caifás había tenido la ocasión de escucharla más de una vez, pues el Señor dice:

“ Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo... y nada he hablado en oculto (Juan 18:20).

Ciertamente él “no pudo pasar inadvertido” (Marcos 7:24; BAS).

Si Caifás no supo aprovechar esas numerosas ocasiones para escucharlo, la responsabilidad era únicamente de él. El Señor podía dirigirse a los publicanos y a los pecadores, porque ellos tenían “oídos para oír”. El Señor afirmó: “Ellos saben lo que yo he dicho” (Lucas 14:35; 15:1; Juan 18:21).

¡Con qué sabiduría y con qué dignidad el Señor respondía a Caifás, el más pérfido de sus enemigos! Lo vemos nuevamente en esta circunstancia –como siempre en este evangelio– dominando a los hombres y a los acontecimientos.

La ruina del pueblo de Israel era completa, por eso Jesús no pudo reconocer, de ninguna manera, al sumo sacerdote establecido por los hombres; y tampoco se retractó, como tuvo que hacerlo Pablo en una circunstancia parecida (Juan 18:22-23; cf. Hechos 23:1-5).

Frente a Caifás, el Señor tiene la última palabra. En contraste con el evangelio de Juan, en Mateo y Marcos vemos cómo triunfa, aparentemente, la injusticia de los jefes del pueblo, ya al comienzo de este primer interrogatorio.

Hasta entonces, el Señor tenía frente a sí solamente un pequeño número de acusadores. Pero la escena se animó bruscamente: “Se reunieron todos los principales sacerdotes y los ancianos y los escribas”, ahora con Caifás (Marcos 14:53-64; Mateo 26:57-66). Aunque la sesión oficial del sanedrín no comenzaba hasta el amanecer (Lucas 22:66), Cristo fue condenado, en lo que concierne a Israel, durante el curso de esta audiencia nocturna .

¡Qué extraña jurisdicción! “Y los principales sacerdotes y todo el concilio buscaban testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte” (Marcos 14:55). La sentencia que dictaría estaba decidida por anticipado. Pero primero, para poder revestirla de una apariencia de legalidad, ¡necesitaban buscar algún testimonio contra Él! Mateo dice, con precisión, que “buscaban **falso** testimonio contra Jesús” (cap. 26:59). Ellos, pues, estaban convencidos de que no llegarían a fundar su veredicto sobre la justicia.

Anteriormente ya habían consultado entre sí para ver “cómo sorprenderle en alguna palabra”. Leemos: “Y acechándole enviaron espías que se simulasen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra” (Mateo 22:15; Marcos 12:13; Lucas 20:20).

Como “no pudieron sorprenderle en palabra alguna delante del pueblo” (Lucas 20:26), ellos iban a esforzarse –¡y de qué modo encarnizado!– para lograrlo en una audiencia realizada a puertas cerradas y nocturna. Poco se preocuparon por el hecho de que la ley castigaba severamente el falso testimonio (Éxodo 20:16; Deuteronomio 19:16-21).

Por otro lado, sus esfuerzos eran vanos:

“ Buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte, y no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban (Mateo 26:59-60).

Sin embargo, habría sido suficiente que se presentaran dos testimonios concordantes. Así, la declaración del Señor Jesús: “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Juan 8:46), halló su más espléndida confirmación ante el tribunal supremo de los judíos. Los dos testigos que se presentaron “al fin”, también eran “testigos falsos”, pues el Señor Jesús no había pronunciado las palabras que ellos le imputaban (Mateo 26:60-61; Marcos 14:57-58; Juan 2:19-21).

Efectivamente, el Señor no había dicho: «Yo puedo destruir», ni «yo destruiré», como tampoco había pensado en el templo “hecho de mano”, sino que había anunciado lo que **ellos**, sus enemigos, harían del “templo de su cuerpo”, hablando así de su muerte y de su resurrección (cf. Juan 2:19-21). “Pero ni aun así concordaban en el testimonio” (Marcos 14:59), de manera que no quedaba satisfecha la condición prescrita por la ley, según la cual “solo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación” (Deuteronomio 17:6; 19:15).

Dios había advertido a su pueblo, en términos solemnes, manifestándose contra todo juicio arbitrario (Deuteronomio 16:18-20). Pero estos jueces no tenían en cuenta esto y solo se preocupaban por guardar las apariencias de obrar con justicia. El tiempo pasaba, y Caifás quería concluir el asunto. “Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti? **Mas él callaba, y nada respondía**” (Marcos 14:60).

El primer hombre, culpable, había intentado disculparse frente al Juez omnisciente (Génesis 3:12). El segundo hombre, inocente, compareciendo ante un juez inicuo, no trató de justificarse, sino que guardó silencio.

En el relato de la pasión, los autores inspirados mencionan siete veces este divino mutismo. “Mas Jesús callaba... nada respondió... Jesús no le respondió ni una palabra... nada respondía... no le dio respuesta” (Mateo 26:63; 27:12, 14; Marcos 14:61; 15:5; Lucas 23:9; Juan 19:9). ¡Adorable Señor,

“ quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente!
(1 Pedro 2:23).

Entonces el sumo sacerdote, perdiendo la paciencia, echó mano del último recurso: el conjuro. Y dijo a Jesús: “Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios” (Mateo 26:63). Este fue un instante solemne, concedido por Dios mismo para sacar a la luz los verdaderos móviles que impulsaban al hombre a rechazar al Hijo de Dios. Efectivamente, ni los falsos testimonios ni ninguna acusación formulada por el hombre motivaron su condenación, sino solamente el testimonio que Él mismo dio a la verdad, el testimonio del que era “la verdad” (Juan 1:17; 14:6; 18:37).

Después de haber escuchado el conjuro de Caifás, el Señor habría contradicho la ley de Dios si hubiera persistido en guardar silencio . Tal desobediencia era inconcebible para Él.

En esa atmósfera de odio y de mentira, Él permanecía como el hombre obediente y perfecto; el único que, en su silencio, era consagrado a Dios; el único que, en sus palabras, era “el testigo fiel y verdadero” (Apocalipsis 3:14). “Y Jesús le dijo: Yo soy...”. “Tú lo has dicho” (Marcos 14:62; Mateo 26:64).

Él no ignoraba las consecuencias que le acarrearía este testimonio que determinaría su culpabilidad a los ojos de sus jueces. Pero Jesús no amaba su vida (Juan 12:25). Hombre obediente, sumiso a la ley de Dios y a la voluntad del Padre,

“ se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz
(Filipenses 2:8).

Pero el hombre que comparecía ante el sanedrín había venido del cielo. Como tal, él se eleva inmediatamente de su posición de humillación y de dependencia, hasta las cumbres más gloriosas de su divina majestad. Con las palabras: “Y además os digo”, el Señor da vuelta a la página, por

así decirlo, y de acusado pasa a ser juez, al tiempo que sus jueces deben sentarse en el banquillo de los acusados. “Y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 26:64).

Llegamos aquí al instante más solemne de esa noche. Jesús conocía el corazón de los jefes del pueblo, así como el eco que su testimonio a la verdad había hallado en ellos. Pero en adelante, aquel que rechazaba la gracia ofrecida tan generosamente se exponía al juicio del Dios justo y santo. Antes de que los jueces inicuos dictaran la sentencia, escucharon su propia condenación de la boca misma de Aquel cuyo “juicio es justo” (Juan 5:30).

Si ellos, hasta ese momento, tenían al Mesías como objeto de su espera (y aún era tiempo de reconocer al Señor Jesús como tal), “desde ahora” no les quedaba otra cosa que esperar al “Hijo del hombre” como juez. Si hasta entonces Él anduvo entre ellos “haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo” (Hechos 10:38), de ahí en adelante ya no lo verían así, humilde y despreciado, sino “sentado a la diestra del poder de Dios”. Cuando vuelva a la tierra, ya no lo hará para “buscar y salvar”, sino que vendrá “sobre las nubes del cielo”, revestido de la gloria del cielo, para juzgar a su pueblo terrenal (Mateo 24:29-30; Salmo 110:1-2, 5).

Después de esta solemne declaración del Señor Jesús, será vano intentar hallar ni siquiera una mínima expresión de ansiedad en estos hombres impíos. La sentencia que él había dirigido a Jerusalén: “Mas ahora está encubierto de tus ojos” (Lucas 19:42), también se aplicaba a ellos. Pues lo que habría debido guiarlos al arrepentimiento, por el contrario, les proporcionó la ocasión que buscaban para ejecutar su diabólico designio.

“Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?” (Mateo 26:65-66). ¡Qué ceguera! Mientras acusaba al Hijo de Dios de blasfemar y de desobedecer la ley –lo que merecía el castigo supremo–, aun cuando Él había dado testimonio a la verdad, ¡el propio Caifás violaba la ley y por lo tanto se hacía culpable de muerte! Efectivamente, la ley ordenaba al sumo sacerdote y a sus hijos: “No... rasguéis vuestros vestidos... para que no muráis, ni se levante la ira sobre toda la congregación” (Levítico 21:10; 24:16; 10:6).

“Y todos ellos le condenaron”, y dijeron: “¡Es reo de muerte!” (Marcos 14:64; Mateo 26:66). Esta sentencia constituía un verdadero crimen judicial. “¿Cómo te has convertido en ramera, oh ciudad fiel? Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad; pero ahora, los homicidas” (Isaías 1:21).

El objetivo de ese cónclave nocturno había sido alcanzado, la sentencia había sido dictada; la suerte de Jesús había sido fijada. Pero también la de Israel, que condenaba así a su Rey, al ungi-do de Dios. El hombre condenaba a muerte a Dios “manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). Por insensato que parezca, por presuntuoso que fuera, este acto que tuvo lugar esa noche en la casa del sumo sacerdote vino a ser un hecho histórico. Dios lo permitió para que se manifestase el estado del corazón humano, pero también para abrir un camino por el cual el hombre culpable pudiese ser salvo.

“Me negarás tres veces”

A continuación de los versículos que relatan el arresto del Señor Jesucristo, leemos:

“ Todos los discípulos, dejándole, huyeron
(Mateo 26:56).

Luego, Pedro y el “otro discípulo”, sin duda volvieron sobre sus pasos. Pedro ya se había expuesto a un grave peligro por el Señor, cuando sacó la espada. Él había sido sincero al decir: “Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti” (Juan 13:37).

Aun cuando siguió a Jesús “de lejos”, no solo lo acompañó un tramo del camino, sino que lo hizo “hasta dentro del patio del sumo sacerdote” (Marcos 14:54). Allí se mezcló con aquellos de quienes había huido poco antes, y se sentó “entre ellos” (Lucas 22:55). Él quería “ver el fin” (Mateo 26:58), lo que demuestra que su corazón estaba lleno de solicitud por su Señor.

Pedro siempre había manifestado mucho celo por Él. Pero aún le faltaba una cosa: no había llegado a conocerse a sí mismo e ignoraba que la carne es totalmente incapaz de hacer la voluntad de Dios. Una terrible caída le iba a enseñar esta lección. La hora de la tentación manifestaría el verdadero estado en que se encontraba su corazón.

El Señor Jesús dijo: “Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (Juan 14:30). El oro iba a ser probado en el fuego y saldría de este tan puro como antes. Su amor y su obediencia al Padre fueron plenamente manifestados ante los ojos de todos. Pero, ¿qué fue de los discípulos? Desgraciadamente, en ellos no todo era oro puro. “Cierta joven” confiaba en su vestido (una sábana de lino fino), pero debió dejarlo (Marcos 14:51-52). Pedro confiaba en sí mismo, y fue avergonzado.

Sin embargo, ¡con qué gracia el Señor había advertido a su discípulo!

“ Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos
(Lucas 22:31-32).

El hecho de que en esa ocasión el Señor lo llamara Simón, recuerda lo que Pedro era por naturaleza. Por un lado, el débil Simón, por otro, todo el poder de Satanás, el “homicida desde el principio”.

¿No habría tenido que caer sobre su rostro y suplicar que el Señor le manifestase sus misericordias y el poderoso socorro de su gracia? ¿Cómo, pues, no habría de sentirse profundamente humillado al considerar con qué fidelidad el Señor previó por adelantado su restauración y al oír que, incluso, le confiaba un servicio a favor de sus hermanos? En lugar de ello, Pedro respondió: “Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte” (Lucas 22:33; Marcos 14:29-31). ¡“Dispuesto estoy”! Este era un lenguaje presuntuoso.

Pedro no quiso escuchar las advertencias del Señor y, cuando llegó el momento, no supo velar y orar. Y al descuidar la vigilancia y la oración, sucumbió ante la tentación (Marcos 14:37-38). Cuando llegó la tentación, primero **combatió** al enemigo, luego **se asoció** con él y negó tres veces a su Señor, tal como Jesús se lo había anunciado.

Mientras el sanedrín (concilio) sesionaba en una de las salas que daban al patio del palacio, Pedro se mezcló con los siervos del sumo sacerdote y se sentó “entre ellos” (Lucas 22:55). Se calentaba al “fuego” que los enemigos de su Señor habían encendido en el patio “porque hacía frío” (Juan 18:18, 25). Al estar en ese lugar, ¿cómo habría podido dar pruebas de su fuerza, de la cual había alardeado?

De hecho, Pedro, repentinamente, se manifestó más débil que una mujer. Tuvo miedo frente a la escudriñadora mirada de la criada (Lucas 22:56) que lo había dejado entrar por recomendación del otro discípulo, conocido del sumo sacerdote. Y allí presenciamos la primera de las tres veces en que negó al Señor “delante de todos” (Mateo 26:70). “¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dijo él: No lo soy”. “No le conozco, ni sé lo que dices”. “Mujer, no lo conozco” (Juan 18:17; Marcos 14:68; Lucas 22:57).

Preso de una agitación interior, salió “a la puerta”; allí otra criada, y los que estaban con ella, le hicieron la misma pregunta (Mateo 26:71; Marcos 14:68-69; Lucas 22:58). “Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre” (Mateo 26:72). ¡Qué lenguaje! En el peor de los casos, podemos admitir que la criada se refiriera al Señor Jesús utilizando la expresión “este hombre”; pero aquí es su propio discípulo el que llega hasta ese punto, poco después de haberle jurado su fidelidad hasta la muerte.

En Getsemaní, el Señor había sufrido los ataques de Satanás tres veces sucesivas; el combate se tornaba cada vez más violento, pero el Hombre perfecto era sostenido por el poder de Dios. El débil discípulo, abandonado a sí mismo, también sufrió tres asaltos del enemigo, cada vez más

violentos. Después de un breve período de calma, “como una hora después” (Lucas 22:59), sorpresivamente, el enemigo le asestó un golpe decisivo: “Aun tu manera de hablar te descubre”. “Porque eres galileo” (Mateo 26:73; Marcos 14:70).

Incluso uno de los siervos del sumo sacerdote, “pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él?” (Juan 18:26). Entonces el pobre discípulo perdió el dominio de sí mismo. Mientras que, delante de Caifás y su séquito, el “testigo fiel y verdadero” afrontaba la muerte con admirable serenidad, Pedro, para salvar su vida, “comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis” (Marcos 14:71; Mateo 26:74).

Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó
“ (Lucas 22:60).

“Y el gallo cantó la segunda vez”, precisa el evangelio según Marcos (cap. 14:72). Aquel por quien todas las cosas fueron creadas (Colosenses 1:16) se servía de esta criatura desprovista de inteligencia para socorrer a su discípulo, que había caído tan bajo. Esa noche, ¿quién podría prestar atención al canto del gallo? Pero para Pedro fue como un relámpago que se abrió paso en medio de espesas tinieblas, una señal que lo hacía despertar lleno de terror.

Sin embargo, ¡ay!, no reaccionó ante el primer canto del gallo (Marcos 14:68). Solo al segundo canto “se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces” (Marcos 14:72). ¿Era posible la restauración de Pedro, después de tal caída? ¿Podría, en algún momento, volver a sentir el gozo de la comunión con su Salvador?

Ahora solo podía sentir profunda angustia. Pero leemos: “Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro” (Lucas 22:61). La temerosa mirada del discípulo se cruzó con la compasiva mirada de Jesús, quien, pese a los sufrimientos que oprimían su alma, manifestaba total solicitud por su querido discípulo. Con esa mirada, Aquel que no había recibido ningún testimonio de compasión (Salmo 69:20), lejos de rehuir de él con horror, expresó toda la gracia que llenaba su corazón por el hombre que acababa de negarlo tres veces (Lucas 22:34).

De este modo, el Señor quería tocar el corazón y la conciencia de Simón Pedro. Solo Lucas refiere este detalle, y es digno de subrayar el hecho de que, en este evangelio, lo que hace que Pedro recuerde la advertencia del Señor, no es tanto el canto del gallo, sino la mirada de Jesús (Lucas 22:61).

Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente



(Lucas 22:62).

Esas lágrimas expresaban su profundo arrepentimiento y estaban acompañadas de verdaderos frutos de “arrepentimiento” (Lucas 3:8). El corazón “engañoso... y perverso” (Jeremías 17:9) intenta contentarse solo con una de estas dos cosas. Se pueden manifestar sentimientos de pesar y, sin embargo, persistir en un camino de desobediencia. Pero ese no es un verdadero arrepentimiento, y no tiene valor.

En los corintios, la “tristeza que es según Dios” había producido “un arrepentimiento para salvación, del que no hay que tener pesar” (2 Corintios 7:10; RVR 1977). Así fue también para Pedro quien, quebrantado por la mirada de su amado Señor, “salió fuera” y dejó de este modo el lugar que había posibilitado su caída, vertiendo amargas lágrimas producidas por el profundo sentimiento de su inmensa culpabilidad. ¿Qué sucedió a continuación? Si el camino que conduce al abismo es rápido, ¡qué arduo y doloroso es el que asciende de allí! Pero el Señor previó todo a favor de su desdichado discípulo. Había orado por él antes de que cayera. Y cuando cayó, inmediatamente Jesús fijó su mirada en él. Luego le prodigó sus misericordiosos cuidados con el fin de restaurarlo completamente.

Cuando el Señor resucitó, hizo que esto fuese anunciado en primer lugar a Pedro. Y también Pedro tuvo el privilegio de ser el primero a quien se le apareció el Señor después de resucitar (Marcos 16:7; 1 Corintios 15:5).

Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón



(Lucas 24:34).

Vemos lo mismo cuando el Señor se levantó de la cena y tomó agua para lavar los pies de los discípulos. Su divina palabra fue el agua purificadora, de la cual se sirvió en su primer encuentro con Pedro, para lavar sus pies sucios. Esa noche le había dicho: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo” (Juan 13:7-8). Lo que Pedro no comprendía entonces, lo comprendería “después”, es decir, cuando tuviera lugar este primer encuentro con Cristo resucitado.

Sin embargo, la Palabra no refiere en ninguna parte la conversación que mantuvo el Señor con su discípulo; el Espíritu Santo extendió para siempre el velo del secreto sobre esa hora en que, ciertamente, obró un profundo trabajo. ¡El corazón de Pedro aún estaba muy cargado cuando corría hacia el sepulcro, antes de este encuentro con Jesús! (Juan 20:4). Pero después de que este tuvo

lugar, cuando oyó que era el Señor el que estaba en la orilla del mar de Tiberias, “se ciñó la ropa... y se echó al mar” (Juan 21:7-9). ¡Estaba muy impaciente por gozar de Su presencia! Allí, el Señor había preparado un fuego para su querido discípulo, un fuego cerca del cual este podía calentarse.

La conversación que luego mantuvo con Pedro reveló claramente a este último la raíz del mal que lo había hecho caer, es decir, su confianza en la carne. Habiendo juzgado completamente esa raíz, Pedro vio que se le confiaba un nuevo servicio. Gracias a esta obra de restauración, pudo cumplirse la palabra que Jesús le había dicho: “Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32).

Anticipándonos un poco a los eventos que seguirán, será provechoso dar un vistazo a la escena descrita en Hechos 4. En ella hallamos nuevamente al mismo concilio (v. 15), a los mismos hombres (v. 6), a los mismos discípulos (v. 13) que aquellos que acabamos de encontrar. Solo que, esta vez, los que están sentados en el banquillo de los acusados son los discípulos. Se encuentran en el mismo lugar que poco antes había ocupado su Señor.

Pero, ¡qué cambio se operó en ellos! Pedro ya no manifestaba confianza en sí mismo, sino que estaba lleno “del Espíritu Santo” (v. 8). Ya no tenía temor de los hombres, sino que obraba y hablaba en el poder del Señor. De manera que, lejos de negarlo, confesaba abiertamente frente a todo el pueblo “el nombre de Jesucristo de Nazaret”, el único “nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (v. 9-12).

Los principales sacerdotes “les reconocían que habían estado con Jesús” y “se maravillaban” al ver el denuedo de estos discípulos, “sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo” (v. 13). ¡Cuánto más se habrían maravillado si hubieran sabido hasta qué extremo estos hombres eran débiles y miserables en sí mismos, tal como Pedro lo había probado al negar a su Señor! Pero si hubieran abierto sus ojos, se habrían maravillado –como nosotros– de la obra que la gracia de Dios había hecho para restaurar a este débil discípulo, hasta llegar al punto de decir al pueblo: “Vosotros negasteis al Santo y al Justo” (Hechos 3:14).

El oprobio de los hombres y el despreciado del pueblo

Consideremos ahora los acontecimientos que caracterizaron el fin de “la noche que fue entregado”, escena durante la que el “Señor de gloria”, “el cual creó los confines de la tierra”, fue objeto de los más ignominiosos tratos de parte de sus criaturas. Allí se nos presenta como Aquel que fue “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3).

A pesar de todos los esfuerzos que podamos hacer para entender estas cosas, nuestra comprensión permanecerá siempre por debajo de la realidad. La vida del Señor en medio de su pueblo había sido beneficiosa, impregnada por completo de amor y humildad. Nada describe mejor su carácter que la palabra profética:

“ No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare (Isaías 42:2-3; Mateo 12:19-20).

Todos los corazones tendrían que haber sentido Su atracción. Pero cuando vino a lo suyo, “los suyos no le recibieron”. “El mundo no le conoció”, aunque “el mundo por él fue hecho” (Juan 1:10-11). Estuvo en este mundo como el “primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15), poseyendo las prerrogativas que ningún hombre jamás pudo ni podrá arrogarse.

Sin embargo, esas glorias no sacaron de la indiferencia al corazón natural, tal como leemos: “No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (Isaías 53:2). En lugar de recibir la adoración que debía ofrecérsele, solo recibió desprecio y odio. Fue el “despreciado de los hombres”, el “abominado de la nación” (Isaías 49:7; V. M.). Él, por el Espíritu profético, dijo de sí mismo: “Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa”. “En pago de mi amor me han sido adversarios... Me devuelven mal por bien, y odio por amor” (Salmos 69:4; 109:4-5).

Todo esto fue plenamente manifestado a partir del momento en que “el Señor del cielo” fue “entregado en manos de los pecadores” (Marcos 14:41). Durante el interrogatorio al que el sumo sacerdote sometió a Jesús, un alguacil abrió paso a la violencia dándole una bofetada (Juan 18:22). Desde ese momento sus verdugos se encarnizaron contra él y, cada vez que tuvieron la ocasión, lo maltrataron e injuriaron en gran manera.

“Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban” (Mateo 26:67). Parece que incluso los miembros del concilio se asociaron a esos ultrajes; en todo caso ellos asumían la responsabilidad de tales actos. Pero podemos discernir que detrás de esos hombres actuaba aquel que tenía todos los hilos en su mano –mientras Dios se lo permitía–, es decir, el “príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2).

Antes, en el huerto de Getsemaní, esos hombres ataron las manos que habían sanado la oreja de Malco (Juan 18:12); ahora los hallamos vendando los ojos que acababan de dirigir una mirada llena de compasión al discípulo que lo había negado (Lucas 22:64; Marcos 14:65). Cuando el hombre se entrega a Satanás, ¡qué maestría adquiere en el arte de manifestar su odio contra el Dios de amor!

“Algunos comenzaron a escupirle”. De antemano, varios siglos atrás, el Espíritu había dicho por medio de Job: “Y aun de mi rostro no detuvieron su saliva” (Job 30:10). Podemos comprender algo del oprobio que significa semejante trato cuando, al hablar de María cubierta de lepra, escuchamos a Dios mismo diciendo: “Pues si su padre hubiera escupido en su rostro, ¿no se avergonzaría por siete días?” (Números 12:14).

Esos hombres lo golpeaban con sus manos, le daban bofetadas y se burlaban de Él. Le vendaron los ojos y le decían: “Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?”. De esta manera, intentando ellos complacerse a sí mismos, lo provocaban para que desplegara su divino poder, un poder que él solo utilizó en favor de aquellos que verdaderamente lo necesitaban.

“Y decían otras muchas cosas injuriándole”; sí, ellos lo “despedazaban sin descanso” (Lucas 22:65; Salmo 35:15). Poco antes lo habían acusado falsamente de algo que ellos mismos hacían ahora: “No temen decir mal de las potestades superiores” (2 Pedro 2:10).

¿Cuál sería nuestra actitud si fuésemos víctimas de semejante trato? ¿Alguna vez nos han abofeteado y escupido en el rostro? Suponiendo que se nos hiciese esto, ¿permaneceríamos callados y serenos como Aquel a quien contemplamos en esta ignominiosa escena? De sus labios no salió ni una palabra.

“**Angustiado él, y afligido, no abrió su boca... como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca**
(Isaías 53:7).

Asimismo leemos: “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Isaías 50:6). No ignoramos por quién sufrió todo esto: “Porque por amor de ti he sufrido afrenta; confusión ha cubierto mi rostro... Y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí” (Salmo 69:7-9; Romanos 15:3).

Esa dolorosa noche terminó así. Pero los verdugos no dieron ningún descanso a su víctima. “Muy de mañana” (Marcos 15:1), es decir, al alba, los jueces inicuos aparecieron nuevamente en escena. “Cuando era de día, se juntaron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le trajeron al concilio” (Lucas 22:66). Si durante la noche ellos habían buscado “testimonio contra Jesús” (Marcos 14:55), ahora entraban “en consejo contra Jesús, para entregarle a muerte” (Mateo 27:1).

Como lo hemos visto, se trataba de una breve sesión, caracterizada únicamente por un mero formalismo, pues su condenación ya había sido decretada. Lo vemos allí, solo, sin compañía; Lucas describe esta escena.

Fundados en el testimonio dado por el Señor Jesús la noche anterior, ellos apuntaron directamente a su objetivo y le dijeron: “¿Eres tú el Cristo? Dínoslo” (Lucas 22:67-68). Israel, como pueblo, había rechazado a Cristo. Ya no era, pues, el momento, y tampoco había ya razón para examinar si él era el Mesías (el Cristo). Por eso Jesús les respondió: “Si os lo dijere, no creeréis; y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis”. Pero como “Hijo del hombre”, es decir, como objeto de las promesas que sobrepasaban el estrecho círculo de Israel, Él iba a tomar en la gloria el lugar que le pertenecía “a la diestra del poder de Dios” (v. 69).

Ante esta declaración, los jueces sacaron rápidamente una conclusión muy precisa. La luz que tenían los hacía plenamente responsables de sus actos. Ellos habían hablado del Cristo; Él hablaba del Hijo del hombre. Pero, “dijeron todos: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que lo soy. Entonces ellos dijeron: ¿Qué más testimonio necesitamos? porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca” (v. 70-71). Cualquiera que fuese el título que se le diera –Cristo, Hijo del hombre, Hijo de Dios–, Jesús había sido rechazado por su pueblo.

El fin del traidor

“Entonces Judas, que le había entregado, viendo que era condenado, lleno de remordimiento...” (Mateo 27:3; V. M.). Sin duda no había pensado en tal desenlace para el Señor, quien siempre había logrado escapar de las conspiraciones de sus enemigos. Judas había juzgado que era la ocasión favorable para satisfacer una vez más su codicia. El que se introduce en el camino del pecado se convierte en esclavo de Satanás, y cuando se cosecha el fruto inesperado, el despertar es terrible.

El remordimiento de Judas se produjo demasiado tarde y no fue profundo, como siempre sucede cuando el corazón se espanta por las consecuencias de un pecado en lugar de sentir la gravedad del acto mismo. “Yo he pecado” (Mateo 27:4). ¡Con qué facilidad los hombres pronuncian estas palabras sin arrepentirse verdaderamente delante de Dios!

En las Escrituras hallamos varias veces esta expresión, pero solo en tres casos Dios discierne un real arrepentimiento y puede conceder el perdón (David, en dos ocasiones, y el hijo pródigo). En todo su caminar, Judas careció de un verdadero temor de Dios, y le faltó hasta el fin, a pesar de su declaración: “Yo he pecado entregando sangre inocente”. ¿Era este verdaderamente todo su pecado? Aquel que había sido traicionado por su discípulo de una manera tan odiosa, ¿no tenía el derecho de esperar de parte de este una confesión totalmente diferente?

En Judas no se ve, en absoluto, “la tristeza que es según Dios”, como la que sintió Pedro, sino solamente “la tristeza del mundo (que) produce muerte” (2 Corintios 7:10). Satanás obtuvo así una doble victoria: alcanzó su objetivo en lo concerniente al Señor Jesús y, por otra parte, empujó a la desesperación al instrumento del que se había servido. Judas “salió, y fue y se ahorcó” (Mateo 27:5). El apóstol Pedro, refiriéndose a la profecía de David, describe el terrible juicio que esperaba a Judas y a su casa (Hechos 1:16-20; Salmo 109:6-20).

Judas arrojó en el templo, a los pies de los principales sacerdotes, “el salario de su iniquidad” (Mateo 27:3-5; Hechos 1:18). Pero ni el remordimiento de su desgraciado cómplice, ni el testimonio que él dio acerca de la inocencia de Jesús, lograron tocar esos corazones insensibles. “¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!”. Solo les preocupaba una cosa: cómo utilizar convenientemente el dinero entregado por el traidor. “Tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre” (Mateo 27:6).

¡He ahí el corazón del hombre! En lugar de juzgar su pecado a la luz de Dios, se complace en la observancia de una religión exterior. El pasaje de las Escrituras sobre el cual se basaban (Deuteronomio 23:18) sin duda resalta su propósito de insultar al Señor incluso después de su muerte, poniendo el precio de su sangre al mismo nivel que “la paga de una ramera” o “el precio de un perro”, porque “abominación es a Jehová... tanto lo uno como lo otro”.

“Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual aquel campo se llama hasta el día de hoy: Campo de sangre” (Mateo 27:7-8). Así, de alguna manera, ellos levantaron un monumento a su propia infamia, a la vista y conocimiento de “todos los habitantes de Jerusalén” (Hechos 1:19).

Cuando el pueblo judío quitó de su presencia al “Santo de Israel” y echó sobre sí su sangre, ¿no convirtió la tierra prometida en un “Acéldama”? ¿No fue dispersado entre las naciones y quebrado “como se quiebra un vaso de alfarero, que sin misericordia lo hacen pedazos; tanto, que entre los pedazos no se halla tiesto”? (Isaías 30:8-14; cf. Jeremías 19:10-13).

El campo del alfarero nos recuerda un campo estéril sobre el cual el alfarero arroja sus desperdicios y fragmentos de las vasijas quebradas. La tierra de Israel, ocupada por las naciones, vino a ser un lugar “para sepultura de los extranjeros”.

Pero la tierra entera también es un “campo de sangre” y un “campo del alfarero”. La sangre del Hijo de Dios que fue derramada clama, aún hoy, hacia el cielo. La creación salió perfecta de las manos de Dios, es ahora un campo cubierto de ruinas, un cementerio. ¿Qué podría buscar aún el creyente en tal mundo? El mismo Señor solo encontró allí una cruz y una tumba. Este es un pensamiento muy apropiado para hacernos considerar, bajo su verdadera luz, la escena pasajera de este mundo.

“Así se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según el precio puesto por los hijos de Israel; y las dieron para el campo del alfarero” (Mateo 27:9-10).

“Échalo al tesoro (o al alfarero); ¡hermoso precio con que me han apreciado!
(Zacarías 11:12-13).

Solo Mateo menciona este precio, atestiguando así que Israel había valuado a su Mesías al precio de un siervo que había muerto acorneado por un buey (Éxodo 21:32). Cuando Dios vuelva a reanudar sus relaciones con su pueblo terrenal, el remanente reconocerá: “Fue menospreciado, y no lo estimamos” (Isaías 53:3).

El Señor Jesús, que “no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo” (Filipenses 2:6-7), “vendió todo lo que tenía” para comprar la perla preciosa (Mateo 13:46). “Nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo... se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:13-14).

Pilato

“Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana” (Juan 18:28). El sumo sacerdote, el concilio, el gobernador, Herodes el tetrarca, todos ellos comenzaron su actividad muy temprano, con una energía particular generada por su odio contra Dios. Esto revela también la febril agitación que se apoderó de los jefes del pueblo. Los eventos se precipitaron; la escena en la cual se habían desarrollado hasta entonces cambió: Jesús fue conducido de casa de Caifás al pretorio, que estaba en el palacio del gobernador romano.

“Y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua”. De nuevo vemos a los judíos preocupados por “lo de fuera del vaso”, mientras que por dentro estaban “lentos de rapacidad y de maldad” (Lucas 11:39). Pero, ¿qué dice Dios al respecto? “Aborrecí, abominé vuestras solemnidades...”.

“Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas (Amós 5:21; Isaías 1:14).

El gobernador, un hombre hábil, condescendió con la observancia de los judíos: “Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado” (Juan 18:29-30). ¡Inepta respuesta! ¿Por qué, pues, no lo juzgaban según la ley de ellos? El odio prevaleció sobre su orgullo nacional: “A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie” (v. 31).

Efectivamente, Cristo no debía morir por lapidación, una pena prevista en la ley mosaica (Levítico 24:16), sino en la cruz, “para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir” (Juan 18:32; 3:14; 12:32-33). Todo concurre para el cumplimiento de las Escrituras, incluso los más infames propósitos de los hombres.

Frente a Pilato, los judíos presentaron contra Jesús acusaciones diferentes de las que expusieron ante el concilio. “A este hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César” (Lucas 23:2). Pero esto era justamente lo contrario de lo que Jesús había enseñado (Lucas 20:22-25). Luego añadieron: “Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí” (Lucas 23:5).

Estas acusaciones eran tan falsas como los testimonios que habían sido invocados contra Jesús ante el concilio. Todo esto obedecía a un plan concertado: frente al tribunal religioso le imputaban crímenes religiosos, y delante del representante del emperador lo acusaban de crímenes políticos.

Sin embargo, lo que provocó la condena de Jesús no fueron las falaces acusaciones de ellos, sino el testimonio que Él mismo dio de la verdad. Ellos le imputaron un tercer cargo: “Y comenzaron a acusarle, diciendo: A este hemos hallado... diciendo que él mismo es el Cristo, un rey” (Lucas 23:2). Pilato, refiriéndose por primera vez a las palabras de ellos, interrogó a Jesús: “¿Eres tú el Rey de los judíos? Y respondiéndole él, dijo: Tú lo dices” (Lucas 23:2-3; Mateo 27:11; Marcos 15:2; Juan 18:33).

Como defensor del poder romano, el gobernador no podía tolerar que un ciudadano del pueblo que estaba bajo su dominio se proclamase rey. Ante los principales sacerdotes, el Señor no había dudado en reivindicar su título de Hijo de Dios, y frente al gobernador romano tampoco temía proclamar su realeza sobre Israel.

Invocando sus enseñanzas y sus actos, Jesús habría podido disipar con toda facilidad los temores de Pilato. Antes había dicho a los judíos:

Dad a César lo que es de César (Lucas 20:25).

“

En otra ocasión, cuando quisieron apoderarse de él y hacerle rey, se había retirado “al monte él solo” (Juan 6:15). Por cierto, entre Roma y el Señor Jesús no había conflicto, sino entre él e Israel, frente al cual no podía, de ninguna manera, renunciar a las prerrogativas de su realeza. Él debía dar testimonio a la verdad y “de la buena profesión (o confesión) delante de Poncio Pilato” (1 Timoteo 6:13).

“Y los principales sacerdotes le acusaban mucho” (Marcos 15:3). El Señor dio testimonio a la verdad, sin embargo, no pronunció ni una palabra para justificarse de las falsas acusaciones que los judíos levantaban contra él. El sumo sacerdote le había preguntado: “¿Qué testifican estos contra ti?”. Ahora, Pilato le decía: “¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?”. No obstante, “Jesús no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho” (Mateo 26:62; 27:13-14).

Sin duda, Pilato experimentó frente a su prisionero algo que jamás había sentido. El gobernador había reprimido duramente muchas revueltas. Había llegado a mezclar la sangre de los galileos con los sacrificios de ellos (Lucas 13:1); no había tenido temor de violar y profanar el “lugar secreto” de Jehová, haciendo entrar allí a violentos “invasores” (Ezequiel 7:22).

¿Qué significaba, pues, esa manifestación en la cual los judíos acusaban a uno de sus propios conciudadanos, de quien Pilato diría “a los principales sacerdotes, y a la gente: Ningún delito hallo en este hombre?” (Lucas 23:4). ¿Quién era, pues, ese reo silencioso, tan diferente de los que hasta ese momento habían comparecido delante de él? ¿Este hombre decía ser rey? “¿Eres **tú** el Rey de los judíos?”. El romano, aun cuando no se conmovía fácilmente, fue presa de una mezcla de asombro e inquietud.

El evangelio según Juan refiere de manera detallada la notable conversación que se desarrolló entre el Hijo de Dios y el gobernador. Los judíos no querían entrar en el pretorio; Pilato se encontraba solo, frente a frente con Jesús, el Rey de los judíos, el Señor de la gloria (Juan 18:33). ¡Qué entrevista memorable para Pilato! El Señor, siempre lleno de gracia, se esforzó para que el corazón del gobernador se abriese a la verdad. Primeramente le preguntó: “¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí” (Juan 18:34-35).

Pilato, deseoso de aclarar el asunto, preguntó a Jesús: “¿Qué has hecho?”. Entonces

“**respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí (Juan 18:35-36).**

“Mi reino no es de este mundo”; ¡he aquí todo lo que Él **había hecho!** ¡Este era el verdadero motivo del odio de los hombres contra el Señor Jesús!

Hoy, como entonces, al hombre le gustaría hacer que Dios descienda hasta él, pero no piensa en dejarse llevar a Dios. Desea recibir bendiciones de parte de Dios, pero no está dispuesto a reconocer su propia indignidad, ni a tomar el lugar que le pertenece como pecador perdido.

El hombre espera que Dios cumpla sus promesas, pero no quiere aceptar el juicio que Dios pronuncia sobre él, ni romper con el pecado. Como no podía haber comunión entre el hombre pecador y Dios, el reino prometido debió tomar una forma que “no es de este mundo”, de otro modo el mundo habría amado “lo suyo” (Juan 15:19) y no habría rechazado al Rey.

El Señor mostró a este pagano el camino que podía conducirlo al conocimiento de la gracia revelada en Él. “Mi reino no es de este mundo”; ahí estaba el secreto de su Persona. El hecho de que sus servidores no habían peleado por Él –aunque él se los habría prohibido–, en otros términos, el hecho de que Él compareciese voluntariamente ante Pilato, era una prueba manifiesta de su misión supraterrrenal. Si Pilato hubiera aspirado a otra cosa que a las vanidades de este mundo, habría tenido la ocasión –y Dios se la ofrecía– de hallar la respuesta a sus necesidades en la fuente misma de la felicidad.

Por un instante parecía haberlo comprendido, pues escuchó con circunspección las palabras de Jesús. La segunda pregunta que le formuló revela un asombro aún más profundo: “¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey” (Juan 18:37). Entonces el Señor continuó revelándole el misterio de su Persona. Le habló de su nacimiento, de su venida a este mundo y del objetivo de tal venida: “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”.

Estas palabras son dignas de Aquel por quien vinieron “la gracia y la verdad”, y quien era la perfecta revelación del Padre (Juan 1:17-18). La gracia se ofrece a todos los hombres. Ella se dirige tanto a la pecadora de Samaria como al respetable Nicodemo, tanto al humilde pescador de Galilea como al poderoso gobernador de Roma. Pero, aun cuando se le ofrece a todos, jamás lo será en detrimento de la verdad. “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”.

Un pequeño número de personas lo escuchó, tal como Natanael, de quien está escrito: “He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño” (Juan 1:47). Pero como el conjunto del pueblo no era de la verdad, sino del “padre de mentira”, del diablo, el Señor les dijo: “Mi palabra no halla cabida en vosotros” y “no entendéis mi lenguaje” (Juan 8:37-47).

¿Lo entendió Pilato? ¿Aceptó la gracia que le fue ofrecida? ¡Ay!, en vez de aceptar la oferta del Salvador, utilizó una evasiva: “¿Qué es la verdad?” (Juan 18:38). Esta pregunta manifiesta la condición en que se encontraba su corazón, y todo su comportamiento refleja esa condición. “Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos”, dejando escapar así, para siempre, la extraordinaria ocasión que se le había ofrecido para acercarse a la luz.

Herodes

Aunque no estuviese dispuesto a abrir su corazón a la verdad, Pilato estaba convencido de la inocencia de Jesús y de la futilidad de las acusaciones que levantaban contra él. Por eso se esforzaba por desprenderse de esta causa embarazosa. Al mencionarle Galilea, provincia donde constantemente había levantamientos, los judíos esperaban impulsar al gobernador a que obrara conforme a los propósitos de ellos.

El resultado fue exactamente contrario: “Entonces Pilato, oyendo decir, Galilea, preguntó si el hombre era galileo. Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que en aquellos días también estaba en Jerusalén” (Lucas 23:6-7).

Pilato era gobernador de Judea, mientras que Herodes, sometido a Roma, reinaba sobre Galilea con el título de tetrarca. Él fue quien mandó decapitar a Juan el Bautista. Los evangelios lo mencionan muchas veces, dándole el título de rey.

En Lucas 13:32, el Señor usa la expresión “aquella zorra” para referirse a Herodes, sin duda porque este había hecho correr el rumor de que lo mataría, una astucia por la cual pensaba mantenerlo alejado de Jerusalén. Ningún pasaje confirma que realmente haya tenido la intención de llevar a cabo su amenaza, y tampoco el pasaje que ahora estamos considerando.

Era un hombre frívolo y carente de todo escrúpulo, que vivía en el pecado; solo la curiosidad determinó su comportamiento frente al Señor Jesús en el curso de la única conversación que tuvo con él. “Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal” (Lucas 23:8). “Se alegró mucho”; estas palabras demuestran hasta qué punto puede llegar la indiferencia en el corazón humano. Efectivamente, contemplar el aspecto del “varón de dolores” no podía regocijar a quienquiera que poseyera aún el menor sentimiento de humanidad.

¡Qué solicitud manifestó Dios para con Herodes! Primero le había enviado a Juan el Bautista; este a menudo le había expuesto la verdad, lo había reprendido por “todas las maldades que Herodes había hecho”, a las cuales “añadió además esta: encerró a Juan en la cárcel”, instigado por Herodías (Lucas 3:19-20).

Pero “Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo... y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana”. El rey, pues, “se entristeció mucho” cuando, forzado a ir hasta el fin en el camino del mal donde se había introducido, no halló otra salida que dar muerte al fiel testigo que no había dejado de dirigirle sus advertencias (Marcos 6:20, 26).

Por ello su conciencia lo atormentaba y “estaba perplejo” cuando “oyó de todas las cosas que hacía Jesús”. Herodes dijo a sus criados: “Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes” (Lucas 9:7-9; Mateo 14:1-2). Hablaban de Jesús incluso entre sus allegados.

En Lucas 8:3 leemos que “Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes”, había sido sanada por el Señor Jesús y lo seguía sirviéndole de sus bienes. Un hermano llamado Manaén, que ministraba en la iglesia en Antioquía, había sido criado (y probablemente educado) con él (Hechos 13:1). Pero la semilla que había sido sembrada en el corazón de Herodes fue ahogada por las espinas, y “las codicias de otras cosas” (Marcos 4:19) impidieron que la Palabra de Dios hiciese una obra profunda en él.

Ya durante el ministerio de Jesús, Herodes “procuraba verle” (Lucas 9:9), y acabamos de leer que “hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él” (cap. 23:8). ¿Por qué motivo? Porque “esperaba verle hacer alguna señal”. Tan grande era su desvío que pensaba hallar en Jesús a algún hacedor de milagros capaz de satisfacer su insaciable necesidad de distracción.

Ceder un ápice a tales móviles habría sido indigno de Aquel que, aunque humillado, permanecía invariable. Herodes

le hacía muchas preguntas, pero él nada respondió

“ (Lucas 23:9);

no le importaban los nuevos ultrajes que le acarrearía su silencio, ni la ira de los “principales sacerdotes y de los escribas” que lo acusaban “con gran vehemencia” (v. 10). “Entonces Herodes con sus soldados le menospreció y escarneció, vistiéndole de una ropa espléndida; y volvió a enviarle a Pilato” (v. 11).

Todos se unían en sus ultrajes: “Herodes con sus soldados”, asimismo Pilato y Herodes, quienes “se hicieron amigos” aquel día (v. 12). Desgraciadamente, el odio contra Dios parece unir a los hombres con un lazo más fuerte que el amor que él ha puesto en el corazón de los suyos.

La “ropa espléndida”, de gran blancura, con la cual fue vestido el Señor Jesús, aparentemente por orden del mismo Herodes, era la que vestían los que ambicionaban un cargo público elevado. Mediante este gesto, Herodes quería hacer del Señor Jesús un objeto de escarnio, y también corroborar la acusación de los judíos, quienes habían dicho: “A este hemos hallado... diciendo que él mismo es el Cristo, un rey”.

Pero el Señor no «ambicionaba» la realeza, pues tenía prerrogativas divinas que no podía negar. Poseía el poder para reivindicarlas sin demora, pero tenía paciencia, y aún hoy, en su gracia, tiene paciencia “hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles” (Romanos 11:25).

Entonces Él volverá a esta tierra “con poder y gran gloria” (Lucas 21:27). Ya no será el “aborrecido de la nación”, el “siervo de gobernantes”, sino que “lo verán reyes y se levantarán, príncipes, y se postrarán” (Isaías 49:7; BAS). “He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto. Como se asombraron de ti muchos... así asombrará él a muchas naciones” (Isaías 52:13-15).

El Señor soportó en silencio las burlas del rey Herodes, pero “los reyes cerrarán ante él la boca” (Isaías 52:15). Cuanto más nos esforcemos por seguirlo mediante la fe, en las profundidades de su humillación, tanto más nos regocijaremos pensando que muy pronto seremos, con todos sus redimidos, los testigos de su glorioso triunfo.

¿Barrabás o Jesús?

La lucha entre las tinieblas y la luz, de la cual somos testigos, confirma la verdad enunciada al principio del evangelio según Juan: “Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo” (cap. 1:9). Ya sea que se trate de Judas o de los demás discípulos, de los principales sacerdotes, de los ancianos, de los escribas y del concilio entero, o de Pilato y Herodes o, como lo veremos, del pueblo judío, todos manifestaron el verdadero estado moral de su corazón cuando fueron puestos bajo los rayos de la “luz verdadera”.

Cuando Pilato salió del pretorio, un clamor ensordecedor resonó en sus oídos: “Y viniendo la multitud, comenzó a pedir que hiciese como siempre les había hecho” (Marcos 15:6-8). Efectivamente, “en el día de la fiesta, acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisiesen” (Mateo 27:15). Ahora bien, además del Señor Jesús, “había uno que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta”. Pero el pueblo, ¿a favor de cuál de los dos presos invocaría la gracia del gobernador? En cuanto a Pilato, esa costumbre le abría la puerta para hallar la escapatoria deseada; al menos eso era lo que él esperaba (Lucas 23:17).

“Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes, y al pueblo, les dijo: Me habéis presentado a este como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis. Y ni aun Herodes, porque os remití a él; y he aquí, nada digno de muerte ha hecho este hombre” (Lucas 23:13-15).

Tal como lo había declarado precedentemente (v. 4), Pilato estaba convencido de la inocencia de Jesús. Herodes también había demostrado, por la manera en que lo había vuelto a enviar a Pilato, que consideraba a este pretendido «rival» como absolutamente inofensivo e insignificante. Por eso Pilato temía caer en el ridículo si condenaba a tal hombre. Y dijo a los judíos: “Le soltaré, pues, después de castigarle” (v. 16).

Para impulsar a la multitud a inclinarse, él contaba con la autoridad que le atribuía su función, así como con el apoyo de los numerosos seguidores de Jesús. Justamente, lo que había despertado la envidia de los jefes del pueblo era el éxito que Jesús tenía con las multitudes.

Porque sabía que por envidia le habían entregado

(Mateo 27:18).



Esperando dividir los ánimos, Pilato preguntó: “¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?”. “¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?” (Juan 18:39; Mateo 27:17).

Jamás en la antigüedad un pueblo había tenido que tomar una decisión como esta, ni tampoco habrá alguno que deba tomarla en el futuro. Ese instante marcaba, pues, un giro en la historia de la humanidad: ¿se pronunciaría esta a favor o en contra de Cristo? Cuando los principales sacerdotes y los ancianos fueron llamados a determinar la suerte de Jesús, no había dudas de que ellos irían hasta el límite de sus criminales designios. Asimismo no es sorprendente que Pilato y Herodes, dos hombres que ostentaban el poder sin escrúpulos, hayan despreciado los derechos más sagrados del ser humano. Pero ahora el pueblo mismo –**su** pueblo–, ¿a cuál de los dos presos iba a elegir? ¿Barrabás o Jesús?

Puesto que la decisión aún era incierta, humanamente hablando, podía esperarse que esta sería favorable al despreciado Nazareno. Desde el principio de su ministerio, grandes multitudes de todas las regiones del país lo habían seguido (Mateo 4:25; 8:1; 19:2; etc.). Las personas se amontonaban de tal manera alrededor del Señor Jesús, “que unos a otros se atropellaban”; “el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios”; “eran muchos los que iban y venían”, de manera que Jesús y sus discípulos “ni aun tenían tiempo para comer”. A Jesús le afligía apartarse de la gente, pues “la gente le buscaba, y llegando a donde estaba, le detenían para que no se fuera de ellos” (Marcos 1:37, 45; 2:2; 3:9-10, 20; 5:24, 31; 6:31 y sig.; Lucas 4:42; 5:1; 12:1; etc.).

¡Con qué amor proveía a las necesidades de las multitudes! ¡Cuántas veces leemos que al verlas “tuvo compasión de ellas”! (Mateo 9:36; 15:32; etc.). Él les enseñaba, las alimentaba, sanaba a los enfermos, a los lisiados, y libraba a “todos los oprimidos por el diablo” (Hechos 10:38). Todos estos beneficios, ¿no habían tocado el corazón del pueblo? ¡Ciertamente! Por eso leemos estas expresiones: “Gran multitud del pueblo le oía de buena gana”. “Todos daban buen testimonio de él...”. “La gente se admiraba de su doctrina”, y “glorificó a Dios”, y “decía: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel” (Marcos 12:37; Lucas 4:22; Mateo 7:28-29; 9:8, 33; 15:30-31). Sí, el pueblo lo reconocía: “Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo”, y querían “hacerle rey” (Juan 6:14-15).

¡Cuán imponente fue el cortejo que un día atravesó Jericó, subiendo a Jerusalén, para ir a la fiesta! (Marcos 10:46; Lucas 19:3). ¡De qué manera solemne entró en la santa ciudad! “Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino... Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del

Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mateo 21:8-10; Juan 12:12-15). “Toda la ciudad se conmovió” y salieron a recibirle. Es comprensible que los principales sacerdotes y los fariseos temiesen a la multitud, y que hayan dicho entre sí: “Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él” (Marcos 12:12; 14:2; Lucas 22:2; Juan 12:19).

Parece que la pregunta de Pilato provocó cierta duda entre la multitud. Pero incluso antes de que esta respondiera, Dios le otorgó un momento para reflexionar. Leemos que a Pilato se le entregó un mensaje de parte de su mujer, que decía:

“ No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él (Mateo 27:19).

Los principales sacerdotes y los ancianos, siempre listos para replicar, aprovecharon ese momento de tregua. Ellos “incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás” (Marcos 15:11).

“ Persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto (Mateo 27:20).

“Pueblo mío, los que te guían te engañan, y tuercen el curso de tus caminos” (Isaías 3:12). “Más bien a Barrabás”, ¿se podría hallar una expresión que defina mejor el estado moral de los jefes de Israel? Pero el pueblo también manifestó que estaba a la misma altura de sus jefes.

Se requiere muy poco para incitar a una multitud a reaccionar de tal o cual manera. Así sucedió ese día. Y cuando Pilato, impresionado por el sueño de su mujer y fortalecido en su intención, hizo nuevamente la misma pregunta a la multitud, recibió un clamor unánime, un grito de odio que acrecentó su perplejidad: “Toda la multitud dio voces a una, diciendo: ¡Fuera con este, y suéltanos a Barrabás!” (Lucas 23:18; Juan 18:40). Con rigurosa precisión, la Palabra describe la despiadada unanimidad que manifestó el pueblo entero al rechazar a Jesús, su Mesías, el Hijo de Dios.

“No a este, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón”. Esto es todo lo que Juan dice acerca de aquel a quien el pueblo acababa de elegir, pero es suficiente. Los otros evangelios completan el cuadro, precisando que había cometido homicidio en una revuelta organizada y ejecutada con la complicidad de muchos malhechores. Así –tal como aún hoy se comprueba en casos similares–, este hombre había adquirido gran notoriedad; era “un preso famoso” (Marcos 15:7; Lucas 23:19, 25;

Mateo 27:16). De su nombre, que significa «hijo del padre», emana cierta ironía diabólica; como si Satanás hubiera querido oponer al “unigénito Hijo del Padre” la disforme imagen de Barrabás. Y como los judíos tenían por padre al diablo, hacían los deseos de su padre (véase Juan 8:44). Aun en esto, el mundo amó “lo suyo”. Ellos pidieron que se les “diese un homicida” y negaron al Santo y al Justo delante de Pilato “cuando este había resuelto ponerle en libertad” (Hechos 3:13-14).

Ya lanzado por ese camino, el pueblo dio libre curso a su furia sanguinaria contra el Hombre silencioso, contra la inocente víctima de ellos. “Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?” (Mateo 27:22). ¡Desdichado, miserable Pilato! Le sucedió lo mismo que les ocurre tristemente a todos los que rechazan la gracia ofrecida por Dios: no saben qué hacer con Jesús.

Pero ellos volvieron a dar voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!

“ (Lucas 23:21).

Pilato hizo una última tentativa, ciertamente muy tímida para un hombre revestido del poder y la responsabilidad que ejercía: “¿Pues qué mal ha hecho este? Ningún delito digno de muerte he hallado en él; le castigaré, pues, y le soltaré” (v. 22). Pero las débiles veleidades humanitarias que aún subsistían en él fueron ahogadas por la ola de odio que rompía contra las gradas de su tribunal. “Ellos gritaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado!” (Mateo 27:23). “Ellos instaban a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado. Y las voces de ellos y de los principales sacerdotes prevalecieron” (Lucas 23:23).

El curso de los acontecimientos alcanzó un nuevo y culminante punto. Esa furia ciega, esa tempestad de clamores llenos de odio, esas pasiones desencadenadas, ese oleaje de violencia, se levantaban contra Aquel a quien Dios había enviado a este mundo para salvar a los hombres perdidos. ¿No tenía, también Él, derechos que reclamar sobre su “viña”, sobre este pueblo? ¿Con qué perseverante solicitud se había ocupado de él! Desgraciadamente, todos los cuidados que le brindó resultaron vanos. “Por último, teniendo aún un hijo suyo, amado, lo envió también a ellos, diciendo: “Tendrán respeto a mi hijo” (Marcos 12:6). Pero, ¡qué amarga decepción! Ellos no tuvieron ningún respeto por su Hijo, la perfecta revelación de Su amor, y manifestaron toda la infamia que les llenaba el corazón. ¡En qué triste condición se halla el hombre natural! Los que pocos días antes habían aclamado: “¡Hosanna!”, ahora gritaban: “¡Crucifícale, crucifícale!”. El desbordante entusiasmo que habían sentido, se había transformado en una rabia mortal. Sin embargo, nada justificaba tal cambio brusco. ¿Qué mal había hecho Jesús? Pilato mismo formu-

ló esta pregunta. Este hombre pagano y sin escrúpulos testificó en siete oportunidades, delante de todo el pueblo –el pueblo de Dios– que aquel a quien ellos acusaban de crímenes dignos de muerte era completamente inocente .

Pilato, vencido y desconcertado, cedió. Las palabras: “Viendo Pilato que nada adelantaba...” resaltan la debilidad de su carácter. Y lo que sucedía: “... sino que se hacía más alboroto” (Mateo 27:24), le infundía el temor de perder su cargo. ¡Hombre pusilánime!, él quiso “satisfacer al pueblo” (Marcos 15:15). “Entonces Pilato sentenció que se hiciese lo que ellos pedían” (Lucas 23:24). Luego “tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros”. Este gesto, que solo confirmaba su cobardía, provocó de parte del pueblo la horrible imprecación que demuestra hasta qué grado de infamia lo había llevado Satanás. “Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mateo 27:24-25).

Dios, que escucha lo que decimos y nos toma la palabra, concedió aún un plazo de cuarenta años a Israel, para que se arrepintiese y creyese en el Evangelio. Los que persistieron en su actitud impenitente, sufrieron la maldición que ellos mismos habían invocado sobre sus cabezas . Aún hoy, este ciego y desdichado pueblo permanece bajo esa maldición, hasta que los terribles juicios de la gran tribulación den por cumplido “su tiempo” de angustia (Mateo 24:9 y sig.; Isaías 40:2).

“Entonces les soltó a Barrabás”. “Les soltó a aquel que había sido echado en la cárcel por sedición y homicidio... y entregó a Jesús a la voluntad de ellos” (Mateo 27:26; Lucas 23:25).

“He aquí el hombre”

En el mismo instante en que Barrabás el malhechor fue librado, Jesús, de quien el más alto magistrado del país acababa de proclamar solemnemente su inocencia, fue entregado a los verdugos. “Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó” (Juan 19:1).

La pluma inspirada de los evangelistas se rehúsa a transcribir otra cosa que el hecho con rigurosa sobriedad. Pero el salmista nos dice:

“ Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos
(Salmo 129:3) .

Cuando el Señor anunció a sus discípulos los sufrimientos que atravesaría, mencionó especialmente la flagelación, lo que señala cuán sensible era a ese suplicio ignominioso y doloroso.

Pero eso no era todo. Después de haber sido expuesto, fuera del pretorio, al odio y al desprecio de **su pueblo**, el Señor sufriría, en el interior del tribunal, otros ultrajes de parte de los **soldados romanos**. “Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a **toda la compañía**” (Mateo 27:27).

¡Qué perverso es el corazón del hombre! Parece que se complace en hacer sufrir particularmente a los seres indefensos. “Sus obras son obras de iniquidad, y obra de rapiña está en sus manos. Sus pies corren al mal, se apresuran para derramar la sangre inocente... Sus veredas son torcidas; cualquiera que por ellas fuere, no conocerá paz” (Isaías 59:6-8). El Hijo de Dios también sufrió esta dolorosa experiencia cuando, por amor, pasó por las veredas de los hombres.

“Y desnudándole –así como lo habían hecho antes–, le echaron encima un manto de escarlata”. Y a esta vestimenta, con la cual convertían en algo irrisorio la dignidad real de su víctima, agregaron una corona de espinas y una caña en su mano derecha, a manera de cetro. Luego, hincando la rodilla delante de Él, se burlaban diciendo: “¡Salve, Rey de los judíos!”, y lo abofeteaban (Mateo 27:28-29; Juan 19:3).

Las violencias de la noche anterior se repetían. La maldad y la brutalidad de los soldados paganos no eran en nada inferiores a las que manifestaban los principales sacerdotes y sus siervos. La bajeza y lo vil de sus actos resaltan aún más, por cuanto los consumaban contra un hombre indefenso y que renunciaba voluntariamente a toda resistencia.

Efectivamente, ¿levantó el Señor Jesús su mano para desviar los golpes? ¿Pronunció alguna palabra que manifestara poder? Sin embargo, ¿no había llegado el momento para que llamara a “más de doce legiones de ángeles” contra “toda la compañía”? Pues ¡no! En el comienzo de ese doloroso camino, Él, que con una sola palabra había hecho retroceder y caer a tierra a sus adversarios, prefería sufrir todos los ultrajes antes que salirse del camino de la obediencia a su Padre.

Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte

“ (Filipenses 2:8).

Su paciencia tuvo “su obra completa” (Santiago 1:4). Jesús, el autor de la fe, también fue el consumidor de ella; “el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Hebreos 12:2).

El mismo gobernador pagano, convencido de la inocencia de su prisionero pero muy flojo para obrar según esa convicción, no pudo evitar la profunda impresión que le producía la inquebrantable firmeza y la dignidad con que el Señor sufría todos los ultrajes. Pilato, en una última tentativa, salió otra vez. ¿Sería posible poner fin a esa cruel escena? ¿Renunciaría, finalmente, el pueblo a pedir la muerte de Jesús? Pilato les dijo: “Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él. Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura” (Juan 19:4-5).

“Mirad, os lo traigo fuera... Y salió Jesús...”. ¿Somos sensibles al conmovedor lenguaje de la inspirada Palabra? En tal situación, ¿habríamos podido obrar como el Señor? En lugar de ello, el horror de lo que acababa de pasar, ¿no nos habría quebrantado? ¿No nos habríamos negado a ser ofrecidos como espectáculo en una condición tan humillante? El Señor Jesús no obró así. “Como si fuera sordo... como mudo que no abre la boca” (Salmo 38:13), salió llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Pilato lo presentó a la multitud en esa condición, y les dijo: “¡He aquí el hombre!” (Juan 19:5). Esta escena es ciertamente una de las más punzantes de este relato. ¡He aquí el hombre! Querido lector, ¿se ha detenido alguna vez delante de Aquel que fue llamado así?

Sí, el que estaba allí **era un hombre**, pero no un hombre como nosotros. Raudales de sangre habían sido derramados sobre la tierra desde que el pecado la sometió a la maldición, pero las “figuras” y las “sombras” no habían podido quitar esa maldición, ni cambiar la condición del hombre caído lejos de Dios. Era imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quitasen

los pecados (Hebreos 10:1-4). El hombre no podía encontrar el camino al paraíso perdido. Ningún puente había sido arrojado sobre el abismo que lo separaba de su Creador. La situación del hombre era desesperante.

Entonces resonó la gloriosa declaración:

“ He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí (Hebreos 10:7),

es decir, para consumir una redención perfecta y eterna. “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos” y participar como ellos de “sangre y carne” (Hebreos 2:14-18). Él “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (Filipenses 2:7). ¡E incluso vino “en semejanza de carne de pecado”! (Romanos 8:3).

Amor imposible de comprender;

De Dios el Hijo, el Creador;

Hacia nos, pecadores, quisiste descender

Bajo los rasgos del verdadero Servidor.

Himno en francés (traducción literal)

Pero su humillación no se limitó al hecho de venir a este mundo. “Estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

Este amor que se humilla,

Más bajo aún ha descendido;

El Hijo del Hombre ofrece su vida

Y muere por un mundo perdido.

¡He aquí el hombre! Hablando de las naciones, a este hombre se le dijo: “Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás” (Salmo 2:9). Pero, ¿qué tenía el Señor Jesús en su mano? Una caña, una vara tan débil que no se podía apoyar en ella, y con la cual sus enemigos le golpeaban la cabeza.

Cuando aparezca rodeado de gloria, Él estará vestido de “majestad” y “magnificencia”, estará ceñido de “poder” (Salmo 93:1; 45:3), y en su vestidura tendrá escrito un nombre: “Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19:16). ¿Cuál fue su vestidura entonces? Burlonamente, a modo de púrpura real le echaron sobre sus hombros el sucio manto de un soldado .

Un día el mundo volverá a verlo, y en aquel momento el Señor Jesús llevará muchas diademas (Apocalipsis 19:12) y una corona de oro fino (Salmo 21:3). Aquí los hombres le tejieron una corona de espinas, que recuerda la maldición con que Dios hirió la tierra después de la caída del hombre (Génesis 3:18).

Cristo nos redimió de la maldición... hecho por nosotros maldición
“ (Gálatas 3:13).

Un día saldrá de su boca una espada aguda de dos filos (Apocalipsis 19:15); pero en el momento de su suplicio él guardaba silencio. “Soy, pues, como un hombre que no oye, y en cuya boca no hay reprensiones” (Salmo 38:14).

Un día su rostro se verá semejante al sol cuando resplandece en su fuerza (Apocalipsis 1:16), sin embargo en este momento terrible “fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres” (Isaías 52:14).

Sí, **he aquí el hombre**, “varón de dolores, experimentado en quebranto, y como que escondimos de él el rostro”, un hombre despreciado y por quien no se tenía ninguna estima (Isaías 53:3). Escuchamos la queja de su alma, dirigiéndose a Dios: “Tú sabes mi afrenta, mi confusión y mi oprobio; delante de ti están todos mis adversarios. El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado” (Salmo 69:19-20).

¡He aquí el hombre! Frente al Hombre perfecto, pero quebrantado y humillado, ¿qué respuesta darían los jefes del pueblo a Pilato? “Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” (Juan 19:6). Una vez más los jefes del pueblo y sus secuaces evitaron todo atisbo de piedad que podía haberse manifestado entre la multitud. “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”, tal fue la respuesta de ellos. ¡Qué sufrimiento para el corazón del Señor! Así se cumplía esta palabra de infinita tristeza y solitario sufrimiento: “Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Salmo 69:20).

“¡He aquí vuestro Rey!”

La perplejidad de Pilato había llegado a su colmo. Hasta ese momento los judíos se habían constituido en defensores de aquellos que comparecían ante él. Ahora sucedía todo lo contrario: él estaba convencido de la inocencia del acusado, ¡y ellos exigían su condena a muerte!

Pilato no les ocultó su profundo desprecio:

“ Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él
(Juan 19:6).

Los judíos se excusaron con el pretexto de que no les estaba permitido dar muerte a nadie (Juan 18:31). Finalmente, frente a la oposición de Pilato, dejaron caer su máscara y, renunciando a las acusaciones de orden político, dijeron: “Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Juan 19:7).

¿Hijo de Dios? Era la primera vez que el gobernador oía esta expresión. “Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo. Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú?” (Juan 19:8-9). Sin duda, recordó el sueño que había tenido su mujer. En ello se imponía el mantenimiento pleno de la soberana dignidad del Señor. ¿Habría descendido a ellos uno de los “dioses bajo la semejanza de hombre”? (Hechos 14:11). Él lo había tratado sin contemplaciones, y sus soldados lo habían ultrajado violentamente. Asaltado por el miedo, Pilato estaba decidido a no ir más lejos.

Acosado por sus terrores supersticiosos y por los reproches de su conciencia, entre su temor a los hombres y el miedo a la verdad, no sabía qué decisión tomar. ¡Oh, si hubiera preferido la verdad ante el ofrecimiento de una última ocasión para caer sobre su rostro delante del Hijo de Dios e implorarle su perdón! Pero Pilato era un “hombre de doble ánimo... inconstante en todos sus caminos”. Habiendo rehusado creer en la verdad, era “semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:6-8). Por eso leemos:

Jesús no le dio respuesta (Juan 19:9).

“

Ese silencio hirió su orgullo. ¿Acaso esperaba descubrir, por medio de sus preguntas, el secreto de este hombre misterioso? “Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?” (Juan 19:10). ¡Qué error! Ni las

amenazas, ni los discursos lograrían atemorizar o desviar de su camino a Aquel que no temía ni a los hombres ni a la muerte. Él era “el Autor de la vida” (Hechos 3:15). Era Aquel que había dicho: “Yo pongo mi vida... Yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:17-18). La respuesta del Señor, llena de dignidad y dulzura a la vez, fue: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” (Juan 19:11).

¡Pobre Pilato!, si bien fue Dios el que puso en su mano la “espada contra el pastor”, el cuchillo contra su amado Hijo (Zacarías 13:7; Génesis 22:10), esto no aminoraba en nada su total responsabilidad en el asunto. Sin embargo, “el Juez de toda la tierra” haría “lo que es justo” (Génesis 18:25). La gracia brillaría a través del juicio. Tanto el sumo sacerdote que entregó a Jesús a Pilato, como el mismo Pilato, recibirían individualmente un juicio justo. Todo esto no hacía otra cosa que acentuar la turbación del gobernador, quien ahora quería salvar de la muerte a Jesús: “Desde entonces procuraba Pilato soltarle” (Juan 19:12).

Pero la multitud no lo entendió así. ¡Ellos conocían muy bien sus tácticas y no se darían por vencidos! Los judíos volvieron a sus primeras acusaciones y gritaron: “Si a este sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone” (Juan 19:12). Así atraparon al gobernador en sus redes: ¡Pilato no quería tomar el riesgo de verse comprometido ante el emperador! Así terminaron esos debates en los cuales la cobardía del juez competía con su desprecio por la justicia.

“Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata” (Juan 19:13). Tomó solemnemente, el lugar de juez supremo para pronunciar su veredicto. Con mayor solemnidad, el Espíritu Santo toma nota del lugar, del día y de la hora en que este juicio fue expresado.

Pilato, disimulando su cobardía con términos hirientes, se dirigió al pueblo pronunciando palabras llenas de desprecio: “¡He aquí vuestro Rey!... ¿A vuestro Rey he de crucificar?” (Juan 19:14-15). Una vez más, los judíos bajaron la cabeza ante la afrenta. Y llegando al extremo de negar la existencia de su Mesías nacional, exclamaron: “No tenemos más rey que César”.

Los soldados le quitaron el manto de púrpura a Jesús y le pusieron sus propios vestidos. “Así que entonces lo entregó a ellos (a los judíos) para que fuese crucificado” (Marcos 15:20; Juan 19:16). La hora del suplicio estaba cerca.

Echemos una mirada retrospectiva sobre esta escena y consideremos a sus tres protagonistas: Pilato, el pueblo y Jesús.

Pilato, el gobernador pagano, era consciente, en cierta medida, de la gravedad de los acontecimientos y del misterio divino que rodeaba a la persona de su prisionero.

Pero desgraciadamente, ávido de honores y de popularidad, no se decidió por Cristo cuando aún estaba a tiempo de hacerlo. Se le puede aplicar estas palabras del Señor: “¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mateo 16:26). Pilato sacrificó al Señor Jesús y a su propia alma cambiándolos por la honra que le ofrecía el emperador, la cual solo tenía valor para este mundo; por otra parte, él perdió esa honra unos años después .

Pero la responsabilidad del pueblo judío fue mucho mayor que la de este desdichado. Pilato les había dicho: “¡He aquí vuestro Rey!”. Y esto era cierto. Cegado por su odio, el pueblo respondió: “No tenemos más rey que César”.

Ya en la parábola hallamos la expresión:

No queremos que este reine sobre nosotros

“ (Lucas 19:14).

Pero mucho tiempo antes, cuando el pueblo aún estaba en el desierto, Dios había dicho de él: “¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?” (Números 14:11).

Dios les había hablado “muchas veces y de muchas maneras... por los profetas” (Hebreos 1:1), “enviándolos desde temprano y sin cesar” (Jeremías 7:25). “Mas no quisieron oír” (Isaías 28:12). “No quisieron andar en sus caminos” (Isaías 42:24). Dijeron: “No serviré” (Jeremías 2:20). No quisieron escuchar el “sonido de la trompeta” (Jeremías 6:16-17). “En estos postreros días” Él les habló “por el Hijo”.

Pero está escrito: “No queréis venir a mí” (Juan 5:40). El Padre preparó un banquete para sus hijos, pero el “hijo mayor”, figura de Israel, “no quería entrar” (Lucas 15:28). Ellos “abrazaron el engaño, y no han querido volverse”, y se les ha dicho: “Este fue tu camino desde tu juventud”. Tal fue la “rebeldía perpetua” de este pueblo rebelde (Jeremías 8:5; 22:21).

¡Cuán punzantes son las palabras del Señor Jesús al dirigirse a Jerusalén: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37). Él había querido hacerlo, ¡pero ellos no lo aceptaron! Y si en su rebeldía “endurecieron sus rostros más que la piedra”, el Señor, por amor, puso su “rostro como un pedernal” para salvar primeramente a algunos, y luego, en el tiempo del fin, a “todo Israel” (Jeremías 5:3; Isaías 50:7; Romanos 11:26).

Por encima de Pilato y del pueblo, y en una soledad colmada de majestad, se levantaba muy alto la persona de Cristo, el único inocente ante ese tribunal. En ningún momento dejó de someterse a la voluntad del hombre, pero al hacerlo permaneció completamente sumiso a la voluntad de Dios. Del camino recorrido por el Hombre obediente, camino que lo llevó “hasta la muerte, y muerte de cruz”, subía constantemente a Dios un “olor fragante” (Filipenses 2:8; Efesios 5:2).

“Fuera del campamento”

“Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron. Y él, cargando su cruz, salió...” (Juan 19:16-17). En el transcurso de los tiempos, ¡cuántos creyentes han sentido su corazón oprimido al detenerse a considerar esta escena! Poco antes, Pilato había dicho al pueblo: “Mirad, os lo traigo fuera... Y salió Jesús” (Juan 19:4-5). En aquel momento, Jesús llevaba la corona de espinas y el manto de púrpura; ahora llevaba la cruz, el madero maldito.

Aparentemente, quienes obraban e imponían su voluntad eran los hombres, pero la Palabra dice: “Y él, cargando su cruz, salió”. No era necesario obligarlo; en ningún momento se debilitaron sus fuerzas físicas o morales. “Él, cargando su cruz, salió” dominando soberanamente a los hombres y los acontecimientos, en el poder de un espíritu completamente sumiso a Dios.

El relato de los evangelios sinópticos no cambia nada de lo afirmado anteriormente. “Y le sacaron para crucificarle. Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz” (Mateo 27:31-32; Marcos 15:20-21; Lucas 23:26-32). Algunos han pensado que los soldados obraron de ese modo porque vieron signos de fatiga en el Señor Jesús o, incluso, que caía agobiado bajo la carga. Pero la Palabra no menciona ningún hecho que se pueda citar en apoyo de tales suposiciones.

Ciertamente, el Señor Jesús, como hombre perfecto, sufría intensamente, pero lo que él sentía no lo expresaba delante de los hombres, sino solamente a Dios, tal como se aprecia en los profetas y en los salmos. Él era Dios manifestado “en carne”. Pero para nosotros es imposible sondear el misterio de la encarnación. “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mateo 11:27). No nos corresponde mirar dentro del arca. ¡Que nos sirva de advertencia lo que les sucedió a los hombres de Bet-emes! (1 Samuel 6:19-21).

Un hecho es cierto: Jesús llevó su cruz, y la habría llevado hasta el Gólgota si los soldados no hubiesen obligado a Simón a que lo hiciera. Más tarde, cuando estuvo en la cruz, Él llevó una carga aún más pesada: la de nuestros pecados, la cual nadie pudo cargar. “Mis iniquidades... como carga pesada se han agravado sobre mí” (Salmo 38:4).

Simón de Cirene era un extranjero. Era “uno que pasaba... que venía del campo” (Marcos 15:21). Parece que los acontecimientos que se desarrollaban en Jerusalén no le interesaban; él pasaba por allí. Es una imagen del hombre indiferente a Cristo; no obstante, fue obligado a obedecer a Satanás y a sus agentes. Ellos lo “hallaron”, lo “tomaron”, lo “obligaron” y “le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús” (Mateo 27:32; Marcos 15:21; Lucas 23:26). Pero, aunque Simón

no tuviera conciencia de ello, ¡qué honor para él! Tal vez ese incidente lo despertó y quitó su indiferencia respecto a Cristo. Al menos se puede suponer que, más adelante, sus dos hijos fueron conocidos como creyentes, y quizá también su esposa (véase Romanos 16:13).

“Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él” (Lucas 23:27). ¿No regocijaba esto su corazón? ¿No era la “compasión” que había esperado? ¡De ninguna manera! En Jerusalén, una pascua anterior, muchos habían creído “en su nombre, viendo las señales que hacía”. Pero

Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos

“ (Juan 2:23-25).

Él sabía que, por loables que fueran en sí mismas, las lágrimas de esas mujeres solo eran la expresión de sentimientos naturales. En lugar de llorar por Él, ellas habrían tenido que llorar por sí mismas y por sus hijos, porque vendrían días en los que se llamarían bienaventuradas a aquellas que no hubieran sido madres, a causa de los terribles juicios que caerían sobre Israel (Lucas 23:28-30).

¡Qué diferencia se nota entre estas “hijas de Jerusalén” y “las mujeres que le habían seguido desde Galilea”! (Lucas 8:2-3; 23:49). Si las primeras hubieran recibido las palabras del Señor, también ellas habrían sido guardadas de esos juicios venideros, tanto como las segundas. Jesús añade: “Porque si en el árbol verde (es decir, en Él) hacen estas cosas, ¿en el seco (en Israel), qué no se hará?” (Lucas 23:31). Del “tronco de Isaí”, de la “tierra seca”, había salido un renuevo “como raíz”, un “retoño” para dar fruto (Isaías 11:1; 53:2). Era importante, pues, recibirlo como tal, en lugar de llorar por él.

“Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos” (Lucas 23:32). El Señor acabó su carrera en este mundo yendo, en compañía de dos malhechores, “al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota” (Juan 19:17). Ese lugar estaba situado cerca de la ciudad. Así como en su nacimiento “no había lugar” para Él en el mesón (Lucas 2:7), y en su camino no tuvo “dónde recostar la cabeza” (Lucas 9:58), así también debió morir fuera de la santa ciudad. Como el macho cabrío que se inmolaba por el pecado del pueblo en el gran día de la expiación, y debía ser sacado y quemado fuera del campamento, del mismo modo Jesús fue echado fuera del campamento de Israel, y “padeció fuera de la puerta” (Levítico 16:15-27; Hebreos 13:11-13).

“Crucificado en debilidad”

“Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera” (Marcos 15:22). No reviste mucho interés saber dónde estaba situado ese lugar y por qué tenía ese nombre. En cambio, los acontecimientos que ocurrieron allí nos conmueven profundamente. De modo que el nombre Gólgota hará resonar siempre un poderoso eco en el corazón de los creyentes.

Allí el Hijo de Dios fue “levantado de la tierra”; allí “sufrió la cruz, menospreciando el oprobio; allí fue “crucificado en debilidad” (Juan 12:32-33; Hebreos 12:2; 2 Corintios 13:4). Allí, además, fue llevada a cabo la gloriosa obra de la redención, y allí también hallaron su pleno cumplimiento los designios de Dios hacia el hombre pecador.

Lamentablemente, el lenguaje humano no puede describir en toda su dimensión el alcance y las infinitas consecuencias del evento que acabamos de considerar.

“ Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará (Juan 13:31-32).

El objetivo supremo de la obra que Cristo iba a cumplir en Gólgota era su propia glorificación y la glorificación de Dios en él.

“Y cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, que significa: Lugar de la Calavera, le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo” (Mateo 27:33-34). Aunque Marcos menciona “vino mezclado con mirra” (cap. 15:23), ciertamente se trataba del mismo brebaje, destinado a atenuar los sufrimientos de los crucificados. El Señor había dicho, mediante la boca del salmista: “Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre” (Salmo 69:21).

El hecho de que el Señor haya probado el brebaje antes de rehusarlo (aunque supiese lo que era) constituye un testimonio muy conmovedor de su perfecta humanidad y de su humillación. Sin embargo, aunque sentía el dolor como nosotros, rehusó todo alivio que pudiera provenir de parte de los hombres: “Mas él no lo tomó” (Marcos 15:23). Rechazó el brebaje que el hombre le ofrecía a fin de beber, plenamente consciente, la copa amarga que había recibido de la mano de su Padre.

“Cuando le hubieron crucificado...”. ¡Qué sobriedad brilla en la Palabra al darnos tan pocos detalles respecto a la crucifixión en sí! Pero escuchemos al Señor expresando su lamentación ante su Padre: “Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos” (Salmo 22:16-17). ¿No recordaron los jefes del pueblo estas palabras del salmista, que habían descrito mil años antes lo que ellos acababan de hacer?

“Jesús nazareno... a este... prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole”. “A quien vosotros matasteis colgándole en un madero” (Hechos 2:22-23; 5:30; 10:39). ¡Ah, nosotros sabemos de qué madero se trataba, “porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero”! (Deuteronomio 21:23; Gálatas 3:13). Era el madero de la maldición.

El hombre perdió de vista completamente el hecho de que esa cruz y el mismo Crucificado dan testimonio contra él. El hombre ha hecho de la cruz un objeto de veneración idólatra, así como Israel durante siglos había quemado incienso a la “serpiente de bronce que había hecho Moisés”, sorprendente tipo de Cristo levantado en la cruz. Ezequías quitó del templo esa serpiente de bronce, la hizo pedazos y la llamó Nehustán (cosa de bronce) (2 Reyes 18:4). El creyente da la espalda con repulsión a tales cosas, que solo halagan a la carne y a sus sentimientos religiosos. Pero condena con igual vigor la ausencia de todo sentimiento humanitario, de lo cual la crucifixión de Jesús nos brinda un triste espectáculo.

“Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes” (Mateo 27:35). La fácil obtención de algunas vestimentas, la cínica alegría de enriquecerse a expensas de un suplicio, bastaron para barrer de esos corazones endurecidos todas las impresiones que habrían podido hacerles sentir la agonía que presenciaban. Luego vemos cómo el Espíritu Santo se esforzó para producir tales impresiones en algunos de los testigos de esta escena, lo cual redundó en bendición eterna para ellos (Lucas 23:40-49).

¡Con qué minucioso esmero procedieron los legionarios haciendo “cuatro partes, una para cada soldado”, incluso “echando suertes” sobre los vestidos a fin de determinar con equidad, “para ver qué se llevaría cada uno”, en ese lugar donde se acababa de cometer la peor de las injusticias! (Juan 19:23; Marcos 15:24).

Y el pueblo, igualmente desprovisto de toda inteligencia, “estaba mirando”. Para este, mirar al Hijo del Dios vivo, clavado en el madero maldito, era solo un espectáculo y nada más (Lucas 23:35, 48).

Pero, ¿qué significaba todo esto **para el Señor**, suspendido en una posición tan dolorosa entre el cielo y la tierra? “Ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes” (Salmo 22:17-18). “Desechado de los hombres” (Isaías 53:3), Él estaba allí, solitario e incomprendido –soledad e incomprensión que sufrió durante toda su vida–,

“ semejante al pelícano del desierto... como el búho de las soledades...
como el pájaro solitario sobre el tejado
(Salmo 102:6-7).

Sus bienes –herencia insignificante que da testimonio de su completa indigencia– fueron repartidos incluso antes de que muriera.

Sin duda había recibido de una mano amiga la preciosa túnica “sin costura, de un solo tejido de arriba abajo” (Juan 19:23). Él, a quien le pertenecen la plata, el oro y “los millares de animales en los collados” (Hageo 2:8; Salmo 50:10), había renunciado a todo. No poseía ni siquiera un estatero para pagar el impuesto del templo (Mateo 17:24-27).

Así pues, con toda razón, el apóstol Pablo escribió a los corintios: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Corintios 8:9).

Todo esto sucedió “para que la Escritura se cumpliese”, tal como el evangelio según Juan lo repite varias veces (Juan 19:24, 28, 36-37). Allí se cumplió en todos los puntos la voluntad de Dios el Padre, la única a la cual se sometió el Hijo. El Espíritu añade inmediatamente: “Y así lo hicieron los soldados”. Esos legionarios romanos, cuya brutalidad parecía prevalecer siempre, incluso sobre el Señor Jesús, solo eran instrumentos en la mano de Dios que cumplían su Palabra de gracia. Era, pues, inútil que ellos custodiasen a su víctima (Mateo 27:36).

“Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita”. ¿Cuáles eran los términos? Cada evangelio refiere solo una parte de ellos. Si unimos los diversos elementos de lo que fue escrito, obtendremos la siguiente frase: “Este es Jesús nazareno, el Rey de los judíos” (Mateo 27:37; Marcos 15:26; Lucas 23:38; Juan 19:19). “Jesús nazareno” es el Salvador que vino en humillación a esta tierra (Mateo 1:21). “El Rey de los judíos” nos recuerda su dignidad real, pero también que fue rechazado por su pueblo y que un día le será conferida la gloria en este mundo, donde solo halló odio, desprecio y la ignominiosa muerte en la cruz.

Tal era el “título escrito” que pusieron “sobre él”. Estaba “escrito con letras griegas, latinas y hebreas” (Lucas 23:38). De este modo, Dios hacía proclamar desde lo alto de la cruz –en las lenguas más conocidas en aquella época, utilizadas una por el mundo de la cultura, la segunda por el mundo oficial y la tercera por el mundo religioso– las soberanas prerrogativas de su Hijo, en el preciso momento en que era objeto de un trato tan humillante. Esta proclamación era perfectamente visible y comprensible para todos los que pasaban frente a la cruz. Por otra parte hacía constar la locura de la acusación lanzada contra el Señor Jesús. Bien podemos cantar: «En el oprobio, brilló Tu gloria en la cruz», porque la fe discierne en el Crucificado su humillación y gloria infinitas.

“Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad... Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos” (Juan 19:20-21). Los principales sacerdotes no querían reconocer el hecho anunciado en el título, cuya ironía intencional los irritaba de igual modo. Ellos se sintieron forzados a referirse a ello ante el representante de César, frente al cual acababan de decir que no querían otro rey que su amo (Juan 19:15). Esto generó una mordaz negativa de parte de Pilato: “Lo que he escrito, he escrito”. Es notable que haya sido Pilato, un adversario de la verdad, el hombre de quien Dios se sirvió para dar testimonio a la verdad en cuanto a su Hijo, y para proclamar al mundo entero que él es “Jesús nazareno, Rey de los judíos”.

“Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda” (Mateo 27:38). El Señor Jesús había salido de la ciudad con esta infamante compañía (Lucas 23:32), y junto a los dos malhechores fue crucificado, de manera que el más ciego de los pecadores puede reconocer qué lugar le dio el hombre a Aquel que “es Dios sobre todas las cosas” (Romanos 9:5). También “se dispuso con los impíos su sepultura”; pero “con los ricos fue en su muerte” (Isaías 53:9; Mateo 27:57-60). Sin embargo, durante todo el tiempo que Dios quiso, y en tanto que ello fuera necesario para dar cumplimiento a sus designios, Él permitió que el hombre diese libre curso a su maldad. Así, el Justo “fue contado con los pecadores” (Isaías 53:12).

Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos
“ (Marcos 15:28).

En Juan 19:18, leemos: “Y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y **Jesús en medio**”. ¡Qué diferente fue su parte cuando, después de la cruz y habiendo salido de la tumba como “el primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:18), “vino Jesús” y se puso “en medio” de los suyos! (Juan 20:19). Y tal es el privilegio que estos disfrutaban aún hoy por la fe (Mateo 18:20).

Cuando ellos sean introducidos en el cielo, lo verán cual un “Cordero... inmolado”, situado allí “en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos” (Apocalipsis 5:6), y le darán el homenaje eterno de su adoración. Entonces los que rodearán al amado Señor y Salvador ya no serán los malhechores, sino sus amados redimidos.

Cuando el Señor Jesús vuelva a la tierra, aparecerá “con (o en medio de) sus santas decenas de millares” (Judas 14), ya no en humillación, sino rodeado de gloria; ya no como el Cordero inmolado, sino como “el León de la tribu de Judá” que “ha vencido” (Apocalipsis 5:5); ya no para salvar, sino “para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Judas 15). ¡Cuán terrible será la parte de los que fueron jueces y verdugos del Señor!

“Padre, perdónalos”

Los evangelios refieren siete frases pronunciadas por el Señor en la cruz (Mateo 27:46; Marcos 15:34; Lucas 23:34, 43, 46; Juan 19:26-30). Meditemos sobre la primera de ellas. El Señor la pronunció inmediatamente después de haber sido crucificado.

“ Le crucificaron allí... Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23:33-34).

De su boca santa no salieron ni quejas, ni protestas, ni amenazas. Cada vez que la abrió fue para pronunciar palabras de gracia. Tampoco expresó una santa y justa ira, ni apeló a la venganza y al juicio de Dios. “Padre, perdónalos”: tal fue su respuesta ante la más cruel de las ofensas que sufrió de parte de sus enemigos.

Pensamos que ya habría sido admirable que el Señor intercediera a favor de los legionarios, agentes ignorantes de Sus verdugos. Pero, ¿es posible que Él invocara el perdón de Dios a favor de los judíos, en boca de los cuales la bella expresión “Hosanna” había cedido lugar tan rápidamente a la terrible “¡Crucifícale!”; a favor de un pueblo que en pago de los innumerables beneficios que había recibido de Su parte lo había colmado de ultrajes?

Ciertamente, todo lo que pertenecía a la antigua economía fue puesto de lado, pues Israel, como nación, había faltado completamente a su responsabilidad para con Dios. No supo discernir en “su día” lo que era para su paz (Lucas 19:42). Si las cosas hubiesen quedado allí, toda esperanza de restauración para Israel habría quedado perdida para siempre, porque al rechazar a su Mesías, la nación había llegado al colmo de su iniquidad.

Pero Dios cumplía así, en Cristo, los designios eternos de su gracia; de manera que donde “el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Romanos 5:20). He aquí lo que su pueblo hizo del “Santo de Israel”: Cristo “fue contado con los pecadores” (Isaías 53:12). Pero Él oraba “por los transgresores”. Tal fue la respuesta de Aquel que había venido del cielo para manifestar su gracia.

Un día, estando en el monte, el Señor había dicho: “Amad a vuestros enemigos... orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44). Ningún mandamiento es tan contrario a la naturaleza humana como este. Pero en Cristo se hallaba una perfecta concordancia entre sus actos y sus enseñanzas. Por eso podía decir de sí mismo: Yo soy “lo que desde el principio os he dicho” (Juan 8:25).

Pablo, animado por el espíritu de su Señor, escribió a los corintios: “Nos difaman, y rogamos” (1 Corintios 4:13). Y Pedro también escribió: “Porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual... cuando padecía, no amenazaba”, sino que, por el contrario, oraba por sus enemigos (1 Pedro 2:21-23).

Moisés, bello tipo de Cristo, también había intercedido por el pueblo, aun cuando este lo había abrumado con sus incesantes manifestaciones de envidia. Dios habría destruido a Israel, “de no haberse interpuesto Moisés su escogido delante de él, a fin de apartar su indignación” (Salmo 106:16, 23; Éxodo 32:30-32; Números 14:10-19).

Pero luego Dios no encontró ningún intercesor entre los jefes del pueblo. Por eso expresa su amargura: “Busqué entre ellos hombre que... se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé” (Ezequiel 13:5; 22:30). Ahora había encontrado uno en la persona de su Hijo unigénito, y esto en el preciso momento en que su pueblo acababa de crucificarlo.

“Padre, perdónalos”. En virtud de esta intercesión Israel no fue rechazado por Dios definitivamente, como lo hubiera merecido; y el juicio que debía caer sobre él fue diferido aún por un tiempo.

Después del descenso del Espíritu Santo, el pueblo escuchó predicar acerca del arrepentimiento, expuesto principalmente por Pedro. Los primeros capítulos de los Hechos describen los extraordinarios frutos que resultaron de esa predicación.

Pero Israel, como pueblo, continuó despreciando y rechazando a su Mesías. Esteban les dijo:

“**¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo (Hechos 7:51).**

La muerte de Esteban a manos del pueblo fue como la “embajada” mencionada en el evangelio, la cual ellos enviaron al Hombre noble que se había ido a un país lejano, diciéndole: “No queremos que este reine sobre nosotros” (Lucas 19:12-14).

Sin embargo, “no ha desechado Dios a su pueblo... Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia”; y, después de los juicios, “todo Israel será salvo” (Romanos 11:2-5, 26).

El **motivo** de la intercesión del Señor Jesús a favor de su pueblo es tan admirable como la intercesión misma. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Nosotros ciertamente habríamos juzgado de otro modo. ¿No obraban ellos con perfecto conocimiento de causa? ¿No habían discernido quién era Jesús? Tal como en la parábola, ¿no habían dicho abiertamente: “Este es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra”? (Lucas 20:14).

No obstante, el Señor dijo: “No saben lo que hacen”. Él amaba a su pueblo “con amor eterno”; y su corazón, lleno de gracia para con ellos, los atraía con “misericordia” (Jeremías 31:3).

Pedro dijo: “Hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes” (Hechos 3:17).

“Ninguno de los príncipes de este siglo conoció” la sabiduría de Dios, “porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Corintios 2:8). Sin embargo, cuando rechazaron al Salvador resucitado y glorificado, así como habían rechazado al Salvador sufrido y humillado, ya no podían invocar ignorancia. Por eso Esteban, en su intercesión, no pidió que el Señor los perdonara porque no sabían lo que hacían, sino que “clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hechos 7:60).

“En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba” (literalmente: mas yo soy todo oración) (Salmo 109:4). El evangelio según Lucas nos presenta siete ocasiones en que se ve al Señor Jesús orando. Él, el Hombre dependiente, pasó noches enteras en oración (Lucas 6:12). También leemos: “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35). “Mas yo a ti he clamado, oh Jehová, y de mañana mi oración se presentará delante de ti (o: mi oración te previno)” (Salmo 88:13; RV 1909).

En la “mañana” de Getsemaní su oración también se había “presentado”, había “prevenido” a Dios, cuando “estando en agonía, oraba más intensamente”, en el momento en que recibía la copa de la mano del Padre. “Te he llamado, oh Jehová, cada día; he extendido a ti mis manos” (Salmo 88:9). “Cada día”, incluso en la cruz, Cristo clamó a Dios y extendió a él sus manos, esas manos heridas por aquellos por los cuales intercedió: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

“Sálvate a ti mismo”

Ahora contemplamos al Señor Jesús colgado en una cruz, expuesto a los rayos del sol del oriente y a las miradas impúdicas de la multitud, así como a los incesantes sarcasmos de sus enemigos, a todo lo cual se añaden las torturas físicas de la crucifixión. Nos resulta muy difícil percibir la intensidad de los sufrimientos morales que Él padeció en su alma divinamente sensible, bajo el efecto del “veneno mortal” (Santiago 3:8) destilado por la acerada lengua de sus adversarios.

“ Mi vida está entre leones; estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas; sus dientes son lanzas y saetas, y su lengua espada aguda (Salmo 57:4).

“Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente. He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte” (Salmo 22:12-18). ¡Qué conmovedor es oír de la propia boca del Señor la descripción de los sufrimientos físicos y morales que padeció en la cruz!

Tales sufrimientos acentúan aún más la indignidad y crueldad de las injurias con que sus enemigos lo colmaban. Salvo algunos fieles que “estaban junto a la cruz” (Juan 19:25), los demás espectadores de esta escena jugaban un papel en este concierto ignominioso: el pueblo, los jefes, los soldados y los malhechores crucificados con Jesús. Más adelante veremos que ni siquiera los terrores de las tres horas de tinieblas les cerraron la boca por completo (Mateo 27:47-49).

Las grandes multitudes del pueblo y de todas las regiones del país, que habían llegado a Jerusalén para la fiesta, “estaban presentes en este espectáculo” (Lucas 23:48). Tanto el pueblo que “estaba mirando”, como “los que pasaban” ante la cruz, todos, injuriaban al “varón de dolores”, se burlaban de él y lo colmaban de ultrajes (Mateo 27:39, 41, 44; Lucas 23:35).

“Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza” (Salmo 22:7). ¡Qué admirable es la Palabra de Dios! Lo que estaba escrito en este salmo se cumplía en la cruz. “Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo” (Mateo 27:39-40). Ellos expresaban otra vez las mentiras de las que se habían valido la noche anterior para sostener sus falsos testimonios contra Jesús.

¡Qué infamia fue imputarle nuevamente las palabras que Él no había pronunciado! “Todos los días tuercen mis palabras; contra mí están todos sus pensamientos para mal” (Salmo 56:5, V. M.). “Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz” (Mateo 27:40). Estas palabras, ¿no nos recuerdan el lenguaje de Satanás, cuando tentó a Jesús en el desierto? No era, pues, sorprendente que los “hijos de desobediencia” se expresaran como su padre. “Y aun los gobernantes se burlaban de él” (Lucas 23:35). “Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta” (Salmo 69:12).

En una ocasión precedente, ellos habían dicho: “Esta gente que no sabe la ley, maldita es” (Juan 7:49), pero ahora hacían causa común con tal gente. Asimismo, las humillaciones que Pilato y Herodes habían infligido a su inocente víctima hicieron que se reconciliaran el uno con el otro. Así fue con el pueblo y sus jefes. “De esta manera también los principales sacerdotes, escarne-ciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos...” (Mateo 27:41). Aunque lo hacían dicién-doselo “unos a otros” (Marcos 15:31), la actitud de ellos era tanto más condenable por cuanto la adornaban con formas hipócritas, estimadas por los hombres presumidos.

“A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (Mateo 27:42). Pocos días antes habían preparado un complot para dar muerte a Lázaro, cuya resurrección atestiguaba que Jesús salvó “a otros”. Querían hacer desaparecer a este testigo “porque a causa de él muchos de los judíos se aparta-ban y creían en Jesús” (Juan 12:11). Ahora que pensaban haber alcanzado su objetivo, reconocían, con una franqueza colmada de cinismo, que Él había salvado a los otros. ¿No habría podido sal-varse a sí mismo? ¡Por cierto que sí! Pero nuestro Salvador no quiso.

Para poder salvar a los otros fue necesario que renunciara a salvarse a sí mismo. No había otro medio que permitiese llevar a Dios a los seres culpables, caídos y alejados de él. Tal como el sier-vo mencionado en Éxodo 21, Él dijo: “Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre” (v. 5). No quiso salvarse a sí mismo porque quería salvarnos. Él vino a este mundo “a buscar y a salvar lo que se había perdido”, no a buscar algo para sí mismo, “sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28).

“ A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos (Marcos 15:31-32).

Tal había sido el lenguaje de ellos en todo tiempo. El Señor les había dicho: “La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás” (Mateo 12:38-39; 16:1-4). Pero tal señal tampoco les bastó. Porque después de que el Hijo del hombre es-

tuvo “en el corazón de la tierra tres días y tres noches”, así como Jonás había estado en el vientre del gran pez, ellos “vieron”, pero no creyeron. Aún más, recurrieron a la corrupción y a la mentira, para ocultarle al pueblo, “hasta hoy”, la irrefutable verdad de la resurrección de Jesús.

Respecto a estos jefes religiosos se cumplió la profecía de Isaías, confirmada por las palabras de Jesús: “De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis” (Mateo 13:14). La ceguera de ellos se manifestó de manera particular al pronunciar unas palabras de las Escrituras, sin darse cuenta de que el salmista las coloca en la boca de los enemigos del Mesías: “Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere” (Mateo 27:43; Salmo 22:8). “Como quien hiere mis huesos, mis enemigos me afrentan, diciéndome cada día: ¿Dónde está tu Dios?” (Salmo 42:10). Ninguna palabra humana podría describir mejor los sentimientos del Hombre perfecto, que era ultrajado de tal manera.

La medida de su humillación llegó al colmo cuando los mismos soldados y los malhechores crucificados junto a Él añadieron sus injurias a las del pueblo y a las de sus jefes (Lucas 23:36-37; Mateo 27:44). Nosotros, mediante el Espíritu profético, lo escuchamos exclamar: “Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa... ¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios! Muchos son los que se levantan contra mí. Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios”. Sin embargo, su confianza en Dios permaneció inquebrantable; sabía que sería librado: “Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza” (Salmo 69:4; 3:1-3).

La conversión del ladrón

“Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él” (Mateo 27:44). Seguramente, nunca se habrá contemplado una escena igual: condenados a muerte injuriando sin motivos a otro injusticiado. Ni el horror de su propia situación, ni los sufrimientos a los que estaban sometidos, ni los reproches de sus conciencias, ni la ignominia del castigo que les era infligido impidió que insultaran a su inocente compañero de infortunio.

“ Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le reprendió... (Lucas 23:39-43).

Mientras que uno de los dos malhechores manifestaba creciente y abierta hostilidad contra Jesús, añadiendo blasfemias a los insultos, en el otro se producía un inesperado cambio. Este último reprendió a su compañero. Él ya no quería participar, absolutamente, “en las obras infructuosas de las tinieblas”, y obró como un hijo “de luz” (Efesios 5:8, 11).

¿Qué lo había conducido a su conversión? Solo puede haber una explicación: Dios había obrado secretamente en el corazón de este hombre, a fin de arrancar de la perdición eterna a un pecador, en el último momento de su vida. Solo Lucas nos relata este hecho que revela a la vez el abismo de maldad en el cual el hombre está hundido y el admirable despliegue de la gracia de Dios.

Esta obra se realizó sin que mediara intervención humana alguna. Por cierto, es nuestra responsabilidad llamar la atención a los hombres que nos rodean acerca del estado pecaminoso en que se encuentran, advertirles sobre el terrible juicio que les espera y hablarles de la salvación que se les ofrece en Cristo. Pero si Dios no obra, nuestros esfuerzos serán vanos. Tanto la obra de la salvación a favor de los pecadores, como el trabajo que se realiza en sus corazones, son únicamente obras de Dios.

“Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación?” (Lucas 23:40). Estas palabras manifiestan el primer fruto de ese trabajo secreto de Dios en el corazón del ladrón: el temor de Dios. Este hombre, que momentos antes injuriaba al Señor Jesús, reprendía ahora a su compañero que, frente a la muerte, no temía al Dios santo, al Juez eterno, delante de quien, tanto uno como otro, tendrían que presentarse muy pronto. El temor de Dios, que es “el principio de la sabiduría” (Proverbios 1:7), había penetrado en su corazón.

Tal sabiduría llevó al ladrón arrepentido a la luz de Dios y produjo dos frutos que nunca faltan cuando el arrepentimiento es profundo y sincero: condenarse a sí mismo y justificar a Dios. Por el contrario, su compañero estimaba que tenía el derecho de ser salvado e intimó al Señor, ordenándole que lo salvara: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros...”. Pero el primero dijo: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo” (Lucas 23:39-41).

El que se justifica a sí mismo, en lugar de reconocer su culpabilidad, acusa a Dios, a los hombres y a las circunstancias. Pero la cuestión de nuestra culpabilidad debe ser arreglada entre Dios y nosotros mismos. En el día del juicio, los muertos estarán delante del gran trono blanco y serán juzgados “cada uno según sus obras” (Apocalipsis 20:13).

El primer ladrón “reprendió” a su compañero y, al hacerlo, le advirtió: “Estando (tú) en la misma condenación”. Pero él se juzgó a sí mismo, diciendo: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos”. No buscó ninguna excusa para tranquilizar su conciencia, y su corazón se abrió de manera simple. Condenó su vida, reconoció que merecía la muerte y manifestó así todas las señales de un sincero arrepentimiento.

En el Salmo 51, David exclama: “Yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado... para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio” (v. 3-4). Cuando Dios obra en un hombre y le hace sentir su propia culpabilidad, este tiene mucho cuidado de no acusar a Dios. El ladrón lo justifica al declarar: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo”. Él se había visto a sí mismo en la luz de Dios, pero esta luz también lo había iluminado en cuanto a la perfecta inocencia de Jesús.

“Mas este”. Mediante estas palabras, el ladrón reconoció la distancia que lo separaba de Jesús, aun cuando en ese momento el ojo natural no pudiera discernirla. El malhechor no solamente proclamó la completa inocencia de Jesús, sino que declaró: “Este ningún mal hizo”. Esta aseveración iba mucho más allá de los testimonios de Judas, de Pilato y de todos los demás. Al ladrón arrepentido le fue reservado el hecho de dar testimonio a la completa perfección moral de Cristo.

La gracia de Dios daba más y más luz al alma de este hombre. Aunque la gloria del Crucificado estuviese velada bajo su profunda humillación, él reconoció su señorío. Aunque Jesús llevara, a modo de diadema, una corona de espinas, el ladrón proclamó Sus prerrogativas reales. Aunque

era imposible que un crucificado escapara de la muerte, el malhechor discernió por la fe que un día el Señor Jesús vendrá en su “reino”. ¡Cuán poco tiempo necesitó el Espíritu de Dios para revelarle todas estas maravillas!

Luego, el ladrón se dirigió directamente a Jesús, sabiendo que solo él podía socorrerlo:

“ Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino
(cap. 23:42; RVR 1977). ”

Ciertamente, él deseaba ser salvo, pero no solamente para esta vida. Enseñado por Dios, este hombre había comprendido que solo podía hallar la salvación en el Salvador. No le pidió que suavizara sus sufrimientos, ni que pusiera fin a su situación angustiosa. Él solo deseaba una cosa: estar, de ahí en adelante, donde estuviera el Señor. “Acuérdate de mí”, ¡ojalá que esta simple súplica, expresión de una fe que manifiesta su confianza, pueda subir del corazón de muchos pecadores hacia el Salvador, mientras haya tiempo! Como el ladrón, ellos recibirán una respuesta divina que colmará sus expectativas.

“De cierto te digo”. Mediante esta solemne declaración, Jesús hizo la introducción al mensaje que le dirigió a este hombre. “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

¡“Conmigo”! Era justamente lo que el pobre ladrón, desde el fondo de su miseria, había pedido al Señor.

“Hoy”. Su deseo hallaría respuesta ese mismo día, y no en un futuro más o menos lejano.

“Tu reino”. Este hombre había expresado el deseo de tomar parte en el reino del Mesías de Israel; pero sería introducido en el paraíso, el lugar de la felicidad de los bienaventurados, el paraíso de Dios, cuyo acceso debía serle abierto por la obra de la cruz.

Efectivamente, esta obra de gracia introducía algo completamente nuevo: daría a todos aquellos que creyeran, más que la gloria del reino, es decir, una parte infinitamente más gloriosa con Jesús, en el gozo y la felicidad eternos.

Si hubiera sido de otro modo y el Señor le hubiese exigido al ladrón alguna obra, ese pobre hombre habría tenido que abandonar toda esperanza. Esta escena ilustra admirablemente lo que es la justificación por la fe, en virtud de la soberana y perfecta gracia de Dios. “Hoy estarás conmigo

en el paraíso”. Verdaderamente, esta respuesta superaba “mucho más abundantemente” (o “infinitamente más”) todo lo que “pedimos o entendemos”; era la respuesta del “amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Efesios 3:19-20).

Así, el pobre injustificado halló, en la undécima hora de su triste existencia, la “consolación eterna y buena esperanza por gracia” (2 Tesalonicenses 2:16) en Aquel cuya sangre sería vertida para expiar sus pecados. El Señor Jesús también gozó de una preciosa consolación mediante este primer fruto de sus sufrimientos expiatorios. Ya en la cruz pudo ver el fruto del trabajo de su alma y quedó satisfecho (Isaías 53:11). Él no entró solo en el paraíso; y un día nosotros también veremos, entre la multitud innumerable de redimidos, al ladrón salvado en la cruz.

Pero en el Gólgota hubo una tercera cruz. ¡Cuán diferente fue la parte del segundo ladrón! Él despreció la “oportunidad para el arrepentimiento” (Hebreos 12:17); ahora está en tormentos y tendrá su parte eterna en el lago de fuego y azufre. Este hombre hizo errar su alma (Jeremías 42:20) y descuidó “una salvación tan grande” (Hebreos 2:3). “Hoy” significó para el primero de estos malhechores el día de la felicidad celestial, y para el segundo, el de la perdición eterna. Proclamemos, pues, en toda ocasión: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 4:7).

“He ahí tu madre”

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena” (Juan 19:25-27). ¡Cuán preciosas eran las relaciones que estas mujeres mantenían con Jesús!

Ellas lo habían seguido desde Galilea y “le servían de sus bienes” (Marcos 15:41; Lucas 8:2-3). “Y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén”.

Las hallamos de nuevo más adelante: “Y estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas delante del sepulcro... miraban dónde lo ponían... y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo”.

Luego ellas “compraron... y prepararon especias aromáticas y ungüentos”; interrumpieron su servicio para el Señor solamente durante el sábado (Mateo 27:61; Marcos 15:47; 16:1; Lucas 23:55-56). “Pasado el día de reposo... El primer día de la semana, muy de mañana” (incluso vemos que una de ellas fue “siendo aún oscuro”) fueron al sepulcro (Mateo 28:1-10; Marcos 16:9-10; Lucas 24:1-10; Juan 20:1-18).

Así que estas mujeres fueron las primeras testigos de la resurrección de Cristo y también sus mensajeras para con los discípulos, pues fue a ellas a quienes Él apareció primeramente. De igual manera, en el Gólgota, eran las mismas seguidoras fieles quienes observaban atentamente lo que sucedía, aunque casi todas “estaban lejos”. No obstante, algunas “estaban junto a la cruz”, al menos momentáneamente (Lucas 23:49; Mateo 27:55; Juan 19:25).

Sin duda ellas corrían menos peligro que los discípulos, pero lo que las condujo hasta ese lugar fue el apego y la consagración al Señor. ¡Qué conmovedor es contemplar la fidelidad de estas mujeres!

El pasaje que estamos meditando ahora nos habla de la madre de Jesús; de esa débil mujer, esposa de un modesto carpintero de la despreciada ciudad de Nazaret; nos habla de “su madre” y de él, “su hijo”. El Espíritu, pues, atrae nuestra atención hacia la perfecta humanidad de Cristo y su profunda humillación.

“ Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer (Gálatas 4:4).

Pero el admirable misterio de la encarnación no le bastó a la carne religiosa. Una parte de la cristiandad desvió su mirada del Hijo de Dios para fijarla en su madre, rodeándola de una veneración de la que solo es digna la divinidad. En la Palabra de Dios no hay nada que autorice a rendirle tal culto.

Ciertamente, el ángel Gabriel llamó a María “muy favorecida” –es decir, que Dios la hacía gozar de su favor– y le dijo: “Bendita tú entre las mujeres”. Comprendemos también que Elisabet la llamara “bienaventurada” y que “todas las generaciones” deben hacer lo mismo (Lucas 1:28, 45, 48).

Los magos que habían llegado del oriente adoraron al niño y no a su madre (Mateo 2:11). Simeón bendijo a María y a José, y no al niño (Lucas 2:33-34), pues “sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor” (Hebreos 7:7).

¡Con qué santa reverencia María misma consideraba el privilegio que le había sido concedido, lo cual se comprueba al leer su respuesta al ángel Gabriel, como también su cántico! (Lucas 1:38, 46-55). Ella estaba maravillada “de todo lo que se decía de él” y “guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (cf. Lucas 2:33, 50 con 2:19, 51). Lo mismo sucedió cuando Jesús comenzó a ejercer su ministerio: las palabras que María pronunció en las bodas de Caná demuestran que ella sabía quién era Él (Juan 2:3, 5).

Después de este acontecimiento en Caná no se menciona más a María hasta el momento de la crucifixión de Jesús, salvo en dos ocasiones (Mateo 12:47; 13:55). De manera que ella pasa a un segundo plano.

Jesús, enteramente consagrado a la obra que el Padre le había dado que hiciese, no dejó que sus relaciones naturales con su familia o con su pueblo fueran un obstáculo para cumplirla. Cuando tenía solo doce años, les dijo a sus padres: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:49).

En el momento en que “salió de la casa” (Mateo 13:1), es decir, cuando se dispuso a apartarse de Israel, que lo había rechazado, lo escuchamos hacer esta pregunta: “¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?” (Mateo 12:48).

Lo que le dijo a su madre en Caná también puede parecernos extraño: “¿Qué tienes conmigo, mujer?” (Juan 2:4). La hora de manifestar su gloria a Israel y de cambiar su duelo en alegría –de lo cual el milagro de Caná es una figura– aún no había llegado. ¿De qué se trataba entonces?

Si María sintió “angustia” (Lucas 2:48) al buscar a su hijo durante varios días en Jerusalén, ahora sentía una pena infinitamente mayor, pues se cumplía la profecía de Simeón: “Una espada traspasará tu misma alma” (Lucas 2:35), poniendo fin para siempre a las relaciones naturales que la habían unido a su Hijo hasta ese momento.

“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre” (Juan 19:26-27). En el momento en que su madre iba a perderlo, le dio otro hijo en la persona del discípulo a quien lo unían los vínculos más dulces.

Las palabras que acabamos de citar nos revelan las profundidades infinitas del amor que llenaba el corazón de Jesús. Con una gracia admirable había dicho de sus enemigos: “No saben lo que hacen”. Al ladrón arrepentido le abrió las puertas del cielo, diciéndole: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Ahora, dominando la cruz, sus sufrimientos y su ignominia, piensa en su madre con la más conmovedora ternura filial. Los sentimientos humanos no le eran extraños, aunque su consagración a Dios los ponía siempre en su verdadero lugar. ¿Podía ser de otro modo en Aquel que, siendo verdadero Dios, era también verdadero hombre?

No podemos contemplar este misterio sin dejar de postrarnos y adorar a nuestro glorioso Señor y Salvador Jesucristo.

Juan, en su evangelio, siempre se menciona a sí mismo como “el discípulo a quien Jesús amaba” (Juan 13:23; 19:26; 20:2; 21:7, 20). Lo que ocupaba sus pensamientos no era su amor por Jesús, sino el maravilloso amor de su Salvador.

No es sorprendente que Juan, habiendo gustado de dicho amor en tal medida, haya sido influenciado por él en todo su comportamiento. Lo vemos cuando, en la última cena, se encontraba “recostado al lado de Jesús” y, para preguntarle, se inclinó “cerca del pecho de Jesús” (Juan 13:23, 25; 21:20). Juan fue el único discípulo que siguió a su Maestro hasta la cruz; él se adelantó a los demás para llegar a la tumba vacía (Juan 20:2-4, 8). En la ribera del mar de Tiberias, fue el primero en reconocer al Señor, y desde ese instante hasta el fin del evangelio vemos que no se apartó más de Él.

El Señor nunca deja de manifestarse a un corazón que está lleno de Su amor:

“ El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él
(Juan 14:21).

“El discípulo a quien Jesús amaba” fue el primero que, durante la cena, recibió de la boca del mismo Señor la comunicación que todos esperaban impacientemente (Juan 13:25-26). Él le dio una revelación extraordinaria a orillas del mar de Tiberias (Juan 21:22) y, en el pasaje que estamos meditando, lo honró con una confianza muy especial. “Mujer, he ahí tu hijo... He ahí tu madre”.

A partir de ese momento, Juan debió tomar el lugar que el Señor tenía en la relación natural con su madre. “Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Juan 19:27). ¿Habría podido obrar de otra manera? La solicitud del discípulo responde a la ternura del Señor.

De allí en adelante, Juan podía manifestar hacia la madre de Jesús el “amor en el Espíritu”, el amor “que es el vínculo perfecto” (Colosenses 1:8; 3:14).

“He aquí el Cordero de Dios”

Hasta aquí hemos seguido, con el corazón oprimido, al “varón de dolores” por el camino donde sufrió de parte de los hombres. Pero ahora se abre un nuevo capítulo en la historia de la cruz. Comienza con estas palabras: “Y desde la hora sexta” (Mateo 27:45).

A partir de ese momento el hombre pasa por completo a un segundo plano: el Señor Jesús recibiría de la propia mano de Dios los golpes que su justicia le infligirían, a fin de ser “la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Podemos exclamar con Juan el Bautista:

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo



(Juan 1:29).

“Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la novena... Y el sol se oscureció” (Mateo 27:45; Lucas 23:45). ¿Por qué el cielo se cubrió de tinieblas y el sol se oscureció a pleno mediodía? Porque era necesario que un velo envolviera a los seres y las cosas visibles, para dejar que las tres últimas horas de la cruz transcurrieran solamente entre Dios y la santa Víctima. La creación no debía contemplar los sufrimientos indecibles de su Creador.

A la hora en que Dios lo ponía “en tinieblas, en lugares profundos” (Salmo 88:6), convenía que el universo fuese hundido en una profunda oscuridad. Y respecto a tal escena, a nosotros también nos conviene mantenernos en una santa prudencia. Ni siquiera cuando estemos en el cielo podremos sondear el misterio de lo que pasó entonces por el alma de nuestro amado Salvador.

También es importante señalar que el Espíritu Santo nos revela muy pocas cosas respecto a las tres horas de tinieblas. En efecto, ¿hasta qué punto podríamos comprender algo de lo que la Escritura, al hablar de Cristo, llama “el trabajo de su alma”? ¿Hasta dónde podríamos comprender lo que significó para Él el hecho de poner “su vida en expiación por el pecado”, de derramar “su vida (o alma) hasta la muerte”, de ser “cortado de la tierra de los vivientes”, de ser “puesto en el polvo de la muerte”? (Isaías 53:8, 10-12; Salmo 22:15). ¿Quién podrá jamás sondear la infinita angustia de esas tres horas de inexorable oscuridad, en las que nuestro Salvador estuvo completamente solo y sufrió los ardores del juicio de Dios?

*¡Oh, cuánto pesaron sobre ti,
solo, en esa hora sombría,
el desamparo, la angustia y el horror
debidos a nuestros innumerables pecados!*

Himno en francés (traducción literal)

Jesús no dejó que de su boca saliera ninguna queja, ningún lamento; sus labios permanecieron cerrados. “No abrió su boca” (Isaías 53:7). Solo al llegar la hora novena clamó con un clamor desgarrador, que nos revela algo del indecible sufrimiento de su alma.

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz” (Mateo 27:46). Sin quejarse, había soportado los golpes, los azotes, los esputos, las injurias, los dolores de la cruz, y lo había hecho incluso dirigiendo palabras de gracia a su discípulo, a su madre y al ladrón.

Pero ahora, hundido en un abismo de sufrimiento moral, abandonado por Dios, no podía contener la angustia de su alma.

“**¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor... (Lamentaciones de Jeremías 1:12).**

En el sentido más profundo, estas palabras pueden aplicarse a Él, a quien Dios afligió “en el día de su ardiente furor”.

Esta frase del Crucificado, la cuarta, es esencialmente diferente de las otras seis. ¡“Elí, Elí... Dios mío, Dios mío”! ¿Habíamos oído anteriormente, siquiera una vez, que se dirigiera en estos términos al Padre?

Cuando su pueblo lo negó y dio a Dios la ocasión de desplegar su gracia a favor de los “niños” (Mateo 11:25), Jesús exclamó: “Te alabo, Padre”. En el capítulo 17 del evangelio según Juan, cuando lo vemos orando a su Padre, vemos que se dirige a él llamándolo “Padre”, “Padre santo”, “Padre justo” (v. 1, 11, 25).

Incluso en Getsemaní, cuando recibía de la mano del Padre la copa de los sufrimientos, vemos que le da el nombre tan tierno de “Abba, Padre”, “Padre mío” (Mateo 26:39, 42; Marcos 14:36). Nada turbaba la dulzura de la comunión que gozaba con Él.

Finalmente, en la crucifixión, aun pudo decir: “Padre, perdónalos...” (Lucas 23:34). Todo esto prueba que la expiación de los pecados no fue hecha antes de las tres horas de tinieblas, como algunos se atreven a afirmar. Los que piensan así, no comprenden lo que es el pecado ante los ojos de Dios y disminuyen, quizá inconscientemente, el valor sin igual de los sufrimientos expiatorios del Salvador.

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: ... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. Por profunda que sea nuestra compasión, no nos sorprende que Él haya sido “desechado entre los hombres” (Isaías 53:3), que haya recorrido su camino en este mundo en creciente soledad, al punto que todos se “escandalizaron en él”, dejándole solo.

No nos sorprende, porque eran las consecuencias de su fidelidad y obediencia a su Padre, en un mundo manchado y enemigo de Dios. Pero ahora, era Dios quien lo desamparaba. Dios mismo desamparaba “al que no conoció pecado”, al que “no hizo pecado” (2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:22).

¡Cuán poco comprendemos, cuán poco podemos penetrar en lo que fue para Dios el hecho de desamparar a su Hijo! Él tuvo que apartar su rostro de Aquel que era el holocausto perfecto que había venido para hacer la voluntad de Dios y la había cumplido plenamente (Hebreos 10:9; Salmo 40:8).

Respecto al padre y al hijo, ¿no había sido dicho mucho tiempo antes, cuando Isaac iba a ser sacrificado: “Y fueron ambos juntos”? (Génesis 22:6, 8). Por cierto que cuando Abraham tomó a su hijo, “su único”, al que “amaba”, para ofrecerlo en sacrificio en Moriah, Dios intervino y le dijo: “No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada”. Pero en el Calvario, Dios no intervino; ningún ángel apareció para librar al Señor, ni siquiera simplemente para fortalecerlo, como en la “agonía” en Getsemaní (Génesis 22:11-12; Lucas 22:43).

¡Misterio insondable! En la cruz Dios **tuvo** que apartar su rostro de él. “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Isaías 53:10).

Lo que para el Señor Jesús tornaba tan dolorosa “la aflicción de su alma”, y lo que lo llevaba a decir: “Mis ojos enfermaron a causa de mi aflicción” (Salmo 88:9), era el hecho de ser desamparado por **su Dios**. “Me **has** puesto en el hoyo profundo, en tinieblas, en lugares profundos. Sobre mí reposa **tu** ira, y me has afligido con todas **tus** ondas”. Lo oprimían **sus** terrores (los terrores de Dios), hasta hacerlo sentirse “medroso”. Sobre él pasaban **sus** iras (las iras de Dios) (Salmo 88:6-7, 15-16).

Lo habían “rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán”; sufría las torturas físicas y el odioso tratamiento que le infligía la “cuadrilla de malignos” que lo había cercado (Salmo 22:12-18). Sentía en lo más profundo de su ser el peso infinito de esos sufrimientos. Sin embargo, ¿qué eran estos, comparados con la angustia de esas horas supremas? “Mas tú, Jehová, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate a socorrerme” (Salmo 22:19).

El salmista dice que sus padres clamaron a Dios, que habían confiado en Él y que no fueron avergonzados. Pero el doloroso clamor de Jesús no recibió ninguna respuesta. David, en el ocaso de su vida, pudo decir: “No he visto justo desamparado” (Salmo 37:25). Pero el Señor tuvo que clamar: “No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude” (Salmo 22:11). Dios estuvo lejos de su salvación y de las palabras de su clamor, tal como leemos en el versículo 1 de este salmo. ¡Qué desgarradora escena! El único justo que había existido fue desamparado por Dios, y lo fue en lo más hondo de la angustia.

*Tú estuviste en la cruz solo,
bebiendo la copa amarga,
sin que un corazón fuera a responder
a tu clamor doloroso.*

(Himno en francés, traducción literal)

Mediante el salmista, el Señor Jesús alza su voz varias veces para preguntar a Dios por qué tenía que sufrir tal desamparo. “¿Por qué me has desamparado?”. “¿Por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación?”. “Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí?”. “Pues que tú eres el Dios de mi fortaleza, ¿por qué me has desechado?”. “¿Por qué, oh Jehová, desechas mi alma? ¿Por qué escondes de mí tu rostro?” (Salmo 22:1; 10:1; 42:9; 43:2; 88:14).

¿No conocía, pues, la causa de tal desamparo? Este no era el motivo de su pregunta, ya que Él sabía “todas las cosas que le habían de sobrevenir” (Juan 18:4). Nosotros también conocemos la respuesta a ese “¿por qué?” tan conmovedor, pues la Palabra nos da luz al respecto.

Su pueblo terrenal, que al oír esta pregunta se atrevió a abrumarlo con nuevos sarcasmos, escuchará la respuesta de boca del remanente piadoso: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:4-5).

Son muchos los que en el curso de las edades han hallado la salvación de sus almas por la fe en estas declaraciones de la Palabra. Efectivamente, las justas exigencias de Dios fueron satisfechas en la cruz. “Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne”, Dios lo cumplió condenando “al pecado en la carne” en la persona de su propio Hijo (Romanos 8:3).

¡Lorado sea Dios! “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gálatas 3:13). He aquí lo que fue llevado a cabo durante las últimas horas en la cruz, en las cuales el “Dios Salvador” descargó el juicio contra su Hijo único, nuestro Sustituto.

Si antes el Señor había sufrido de parte de los hombres, ahora sufría de parte de un Dios justo y santo. Si hasta entonces había sufrido por la justicia, ahora sufría a causa de nuestros pecados y de nuestra culpabilidad.

Efectivamente, durante las tres horas de tinieblas en la cruz, Él fue el perfecto sacrificio por el pecado y por la culpa, “cosa santísima” para Dios; un sacrificio por el pecado, cuya sangre fue llevada hasta el lugar santísimo y de ahí en adelante puesta delante de Dios para siempre (Levítico 6:25; 7:1; 16:15; Hebreos 13:11-12).

Fue entonces cuando Dios cargó nuestros pecados en él, en Cristo, “el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:22, 24; Hebreos 9:28). Solo en esas tres horas, a Aquel que no conoció pecado, Dios “lo hizo pecado” por nosotros, “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

En su insondable amor Jesucristo, el santo y el justo, aceptó ser hecho pecado en nuestro lugar y cargar con nuestras iniquidades. Su amor “fuerte es como la muerte... Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama (o llama de Jah)”.

“ Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos
(Cantar de los Cantares 8:6-7).

De manera que, con toda razón, proclamamos: “Al que nos amó (o nos ama), y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes (o un reino, sacerdotes) para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén” (Apocalipsis 1:5-6).

Él descendió hasta el abismo en que el pecado había hundido al hombre, y se puso bajo el juicio, lo cual debía haber sido la parte que todos nosotros merecíamos eternamente. Él sufrió la muerte, “la paga del pecado”, en lugar de nosotros.

Al contemplar la cruz podemos discernir lo que es el pecado a los ojos de Dios. Pero el Señor, que era perfectamente puro, lo percibió de manera infinitamente mayor: “Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí” (Salmo 42:7; Jonás 2:4).

Así como se estremeció de horror cuando el Padre le presentó la copa de sufrimiento y de maldición, también fue “hastiado de males” (Salmo 88:3) cuando tuvo que beberla.

Al considerar la gloriosa obra de la redención, por la cual Dios fue plenamente glorificado, bien podemos repetir: ¡“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”!

“Consumado es”

La obra hecha en la cruz ofrece aun otro aspecto que, en todas las épocas, ha llenado de admiración a quienes han meditado en ella. Es lo que expresa esta estrofa de un cántico:

*De aquel fulgor dejaste Tú la gloria,
y por tu cruz, Dios exaltado está,
su santidad, su amor y su justicia,
oh Cristo tu muerte todo cumplió ya.
(Himno en francés, traducción literal)*

“Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo... El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:6-8). Tales son las palabras que el Señor pronunció por boca del salmista.

El segundo Hombre, que vino del cielo, apareció con esa disposición de corazón en la escena donde el primer hombre, tomado “de la tierra”, del “polvo”, fue manifiestamente incapaz de cumplir ni siquiera uno solo de los mandamientos de Dios.

Así, pues, a Cristo lo animaba plenamente el deseo de agradar a Dios:

“ Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia
(Hebreos 5:8).

Y leemos que “cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51), y que “mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14).

Así como durante su andar en este mundo Él fue la verdadera ofrenda vegetal, y luego, durante las horas de tinieblas en la cruz, el perfecto sacrificio por el pecado y por la culpa, así también fue el perfecto holocausto (cf. Levítico capítulos 2, 4, 5, 1), habiéndose entregado “a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2).

Dirijamos nuevamente nuestras miradas hacia el Gólgota. Allí, el Señor de gloria se entregó por entero; allí, él cumplió todo lo necesario para glorificar a Dios y para nuestra salvación eterna; allí puso su rostro “como un pedernal” con la convicción de que no sería avergonzado (Isaías 50:7). ¡Qué “ofrenda encendida de olor grato para Jehová”! ¡Qué holocausto único y perfecto! (Levítico 1).

El sacrificio de Cristo como holocausto es presentado de manera especial en el evangelio según Juan. Comprendemos sin dificultad el hecho de que la mirada del Padre reposara sin cesar, con delicia, sobre su amado Hijo. Por eso dicho evangelio no habla ni de las horas de tinieblas ni del abandono del Señor Jesús. Al contrario, lo escuchamos decir: “No estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16:32).

“ El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada (Juan 8:29).

“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed” (Juan 19:28). “Algunos de los que estaban allí”, ignorando todo sentimiento de compasión, le ofrecieron el brebaje que tenían la costumbre de dar a los malhechores crucificados, para calmar su ardiente sed. No es dudoso que el clamor del Señor: “Tengo sed”, deba ser interpretado primeramente en el sentido literal. Pero –y cuán digno es de nuestra atención– solo pronunció esto cuando supo “que ya todo estaba consumado”.

No obstante, si Él sentía los tormentos de la sed, ¡cuánto más ardiente era la sed de su alma! Efectivamente, ¡con qué santa prisa contemplaba “el gozo puesto delante de él”! (Hebreos 12:2). Habiendo “puesto su vida en expiación por el pecado”, deseaba ardientemente ver “el fruto de la aflicción de su alma” y quedar satisfecho (Isaías 53:10-11). Así, en el instante supremo, su amor dirigía sus pensamientos hacia aquellos por los cuales daba su vida.

Una vez más, sin dejar de contemplar lo que el Señor sufrió por nosotros, debemos dirigir nuestras miradas hacia otro ángulo a fin de considerar su consagración a Dios. En efecto, después de haber bebido completamente la copa amarga, ¡qué “sed” sentía su corazón de pasar “de este mundo al Padre”! (Juan 13:1). “Yo te he glorificado en la tierra... Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:4-5). Tal era el ferviente deseo que el Señor había expresado al Padre, anticipando la hora de la cruz. Y, volviéndose hacia los suyos, deseaba que ellos participaran de Sus propios sentimientos:

“ Si me amarais, os habrías regocijado, porque he dicho que voy al Padre (Juan 14:28).

¿Quién de nosotros no podría compartir un poco de esa “sed” de nuestro Señor? “Dios, Dios mío eres tú... mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario” (Salmo 63:1-2). “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” (Salmo 42:1-2). Ciertamente, la esponja empapada en vinagre y puesta en la punta de una caña, en un hisopo (Mateo 27:48; Juan 19:29), no podía apagar esa sed, sino que, por el contrario, la hacía aún más ardiente.

Pero, a pesar de lo que hemos visto hasta aquí, pensamos que aún no hemos llegado hasta las últimas profundidades de esta quinta frase del Crucificado, la más breve de todas. De nuevo, el evangelio según Juan es el que la refiere, el evangelio en que vemos al Señor dominar soberanamente el sufrimiento y la muerte, y manifestar su gloria “como del unigénito del Padre”, gloria que brilla con todo su esplendor a despecho de las sombrías nubes del odio y de la maldad del hombre caído. Era la gloria de Aquel que había dicho:

“ Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis... Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra (Juan 4:32, 34).

Por eso el Señor, sabiendo que ya todas las cosas estaban cumplidas, pronunció esta frase “para que la Escritura se cumpliera”.

En el momento en que acabó la obra que el Padre le había dado que hiciese, echó una mirada hacia atrás, por así decirlo, y comprobó que la profecía debía cumplirse aún en otro punto. Efectivamente, ni una jota ni una tilde de la Escritura podía caer en tierra (Mateo 5:18). “Me pusieron además hiel por comida” –lo cual había tenido lugar justo antes de la crucifixión–; pero faltaba aún esto: “Y en mi sed me dieron a beber vinagre” (Salmo 69:21; Mateo 27:34).

“Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (Juan 19:30). Todo estaba terminado. Estaba acabada la obra que el Padre le había dado que hiciese (Juan 17:4). ¿Qué podía retener aún al celestial Extranjero en esta tierra? Sin embargo, antes de entregar el espíritu, Él proclamó, ante la faz del mundo, que su obra estaba acabada. ¡Proclamación sublime por los resultados que implica! “¡Consumado es!”. La volun-

tad de Dios, sus designios eternos de gracia y de justicia habían sido plenamente ejecutados. La obra por la cual Dios debía ser glorificado y el pecador debía ser redimido, había sido conducida hasta su bendito final.

Por primera vez desde la creación, Dios podía declarar que “todo... era bueno en gran manera”, que la obra era perfecta. No bien había puesto al hombre en el huerto de Edén, el tal había obrado y arruinado todo por su desobediencia. Luego, Dios dio la ley. ¿No era ella santa, justa y buena? (Romanos 7:12). ¡Por cierto que sí! Pero, tanto bajo la ley como antes de ella, el hombre, puesto a prueba, manifestó su total incapacidad para cumplir la voluntad de Dios. De modo que “nada perfeccionó la ley”; y las “ofrendas y sacrificios” que ella prescribía no podían hacer perfectos, en cuanto a la conciencia, a aquellos que los ofrecían (Romanos 5:20; Gálatas 3:24; Hebreos 7:19; 9:9).

Aún hoy, al hombre natural le gusta practicar una religión fundada sobre los mismos principios: todos sus esfuerzos tienden a establecer su justicia mediante sus obras y a salvarse a sí mismo. Pero dichas obras carnales son totalmente vanas y tanto más inaceptables por cuanto el hombre pecador se imagina que puede acercarse al Dios justo y santo mediante ellas.

Las ordenanzas levíticas, pues, no aportan perdón ni paz al que se acerca a Dios. “Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados”. ¡Qué contraste con lo que sigue!: “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios... porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:11-14).

Cuando nos miramos a nosotros mismos, a menudo suspiramos en pos de una real perfección. Es en vano que la busquemos en nosotros o alrededor de nosotros. Ella solo se encuentra en la cruz del Gólgota. Allí, Cristo cumplió una obra perfecta y que hace perfectos a los suyos; una obra “hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10), de manera que no necesita ser repetida; una obra a la cual no se puede ni se debe añadir nada; una obra que el mismo Señor declara “consumada”.

¡“Consumado es”! Como un grito de triunfo, estas palabras resonaron en el silencio del Calvario, donde acababa de librarse el combate más terrible que jamás hayan registrado los anales del cielo y de la tierra. Dios, quien hasta ese momento había guardado silencio, dio también testimonio

de la perfección de esta obra, rasgando el velo del templo –abriendo así el acceso hasta su santa presencia–, librando de la tumba a muchos santos que habían dormido, y haciendo brotar la sangre y el agua del costado abierto de Jesús (Mateo 27:51-53; Juan 19:31-37).

“Consumado es”. La obra de la gracia hecha está.

De la victoria por fin sube el grito.

Inclinando la cabeza, el que murió ha triunfado.

Cumplido está.

De arriba abajo, Dios mismo rasgó el santo velo.

El camino abrió, nuevo, vivo,

Hasta el día supremo nos está abierto.

Consumado es.

(Himno en francés, traducción literal)

“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró” (Lucas 23:46). El Señor no murió a causa de la crucifixión. No, Él expiró “clamando a gran voz”. Tanto antes como después de Él, ningún crucificado murió de esta manera. “Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto” (Marcos 15:44).

Nosotros recibimos de la boca del centurión un testimonio irrecusable de esta muerte extraña. Dicho centurión “estaba frente a Él” y había observado en Su santo rostro todas las marcas del sufrimiento, todo el dolor de esa agonía. Turbado por tal muerte, ese legionario pagano exclamó:

Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios



(Marcos 15:39).

Y no fue el último a quien esa muerte llenaría de admiración.

¡Qué impresionante es esta última revelación del gran “misterio de la piedad”!: ¡“Dios fue manifestado en carne” hasta el final de su vida! (1 Timoteo 3:16). ¡Dios y hombre a la vez! Verdaderamente, esta escena nos revela la profunda humillación y la suprema grandeza de Aquel que estaba allí “colgado en un madero”. Si el Señor puso su vida por sus ovejas, entonces nadie se la quitó. Él había dicho: “Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:18).

Con la cabeza en alto, Él había cumplido la obra hasta finalizarla. Solo entonces inclinó la cabeza y “entregó el espíritu” (Juan 19:30). Haciendo esto, fue “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

Así, pues, “por cárcel y por juicio fue quitado” el Señor (Isaías 53:8). Él dejó esta tierra como “primicias de los que durmieron” (1 Corintios 15:20), para entrar en otro mundo, en una vida donde nunca más se planteará la gran cuestión del pecado. “Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (Romanos 6:10). “Su partida (la muerte), que iba Jesús a cumplir en Jerusalén”, se había consumado. Él había terminado para siempre con la vida de sufrimiento en la cual, para llevarnos a Dios, había sido el “Varón de dolores”.

El hombre perdido, del fondo de su miseria,

Ve el pecado por Jesús abolido.

Para pagar del pecado el terrible salario,

Él sufrió. Cumplido está.

De los nuevos cielos a la nueva tierra

Todo cantará pronto, de amor lleno.

¡Alabanzas a Dios, gloria al Hijo, gloria al Padre!

Para siempre todo está consumado.

(Himno en francés, traducción literal)

Cántico: Voz de amor

*Voz de amor y de clemencia en el Gólgota sonó;
Y al oírla, con violencia el Calvario retembló:
¡Consumado es, consumado es!
Fue la voz que el Cristo dio.*

*Entre angustias y dolores, sin amparo se encontró;
El Señor de los señores, el que nuestro mal llevó:
¡Consumado es, consumado es!
Y su espíritu entregó.*

*La sentencia es consumada, el Señor herido está;
De la sierpe quebrantada la cabeza queda ya;
¡Consumado es, consumado es!
Cuanto al hombre vida da.*

*El infierno está vencido, y la muerte es sin horror;
El cautivo es redimido, libre alaba a su Señor;
¡Consumado es, consumado es!
El rescate del amor.*

(Himnos y Cánticos, N° 60)